

# LOS COMENDADORES DE CORDOBA

## NOTA PRELIMINAR

ESTA "comedia famosa", cuyo título completo fue Los comendadores de Córdoba u Honor desagraviado, aparece en la primera lista—1604—de El peregrino en su patria con el título mucho más reducido de Los comendadores. Fue impresa—Madrid, 1609—en la Parte segunda de las comedias de Lope. Y Menéndez Pelayo la recogió en el tomo XI—1900—de las Obras de Lope de Vega, editadas por la Real Academia de la Lengua.

El tema es la bárbara venganza que de su honor conyugal tomó el veinticuatro de Córdoba Fernán Alfonso, matando a su adúltera mujer, doña Beatriz de Hineshosa, y a sus deudos don Jorge Solter, comendador de Cabeza de Buey, y don Fernando Alfonso de Córdoba, comendador del Moral, y ambos caballeros de la Orden de Calatrava. El hecho fue rigurosamente histórico, y quedó confirmado por una declaración testamentaria del homicida, fechada en Bujalance a 22 de abril de 1471. Pero de tan espantoso suceso se apoderó bien pronto la leyenda, deformándolo en no pocas partes y pasándolo a la poesía popular. Antón de Montoro, el gran poeta satírico y sastre o ropavejero de Córdoba, escribió unas octavas de arte mayor—muy poco inspiradas—a la muerte de los hermanos comendadores. Una canción popular, compuesta muy poco después de la tragedia, puso el conocimiento de esta en

más de media España y llevó el pasmo de su angustia poetizada hasta bien entrado el siglo XVI, ya que la feroz venganza del veinticuatro cordobés es aludida en la famosa obra Retrato de la lozana andaluza, de Francisco Delicado, impresa por este en Venecia—1528.

Lope se sirvió para su tragedia de un romance muy largo, incluido por el jurado de Córdoba Juan Rufo en su libro de Las seiscientas apotegmas—Toledo, 1596—, y que es el retrato más fiel y espeluznante y verosímil de la venganza.

Muchos y hermosos dramas españoles, ya clásicos, han tenido como argumento las feroces venganzas de maridos ultrajados: El médico de su honra. El pintor de su deshonra. A secreto agravio... Pues bien: en la mayor parte de ellos no se castiga el adulterio consumado, sino la mera sospecha del adulterio. En Los comendadores de Lope, por el contrario, se castiga el adulterio consumado; la venganza atroz recae sobre los adúlteros sorprendidos in fraganti. Y comenta Menéndez Pelayo: "A un poeta idealista y algo inclinado a lo quimérico y sofista, como Calderón, no le hubieran satisfecho los motivos brutales de este drama, donde no hay más que lujuria y sangre. Lope de Vega, que era poeta de otro temple, acometió el asunto de frente y sin escrúpulos, hizo un drama poderoso y en algunas partes admirable, más humano y menos inmoral en el fondo

MSASHS C1

12 61528

13/febril/2011

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-RP

GALIN.— ¡Mentís, loco!  
 JORGE.— ¿Hablas conmigo?  
 GALIN.— Al decillo,  
 ¿me hablaste?  
 FERN.— Detente un poco:  
 ¿con quién lo has?  
 GALIN.— Con un grillo.  
 JORGE.— Envaina ya, majadero.  
 GALIN.— Manda a la cólera tú  
 que me deje.  
 JORGE.— Está hecho un cuero.  
 ¿Tú espada en casa? ¡Jesú!  
 ¿Hoy venido, y hoy grosero?  
 GALIN.— Repórtome.  
 JORGE.— Si al balcón  
 saliere el Obispo...  
 FERN.— Es llana,  
 Galindo, tu perdición.  
 GALIN.— Repórteme con cuartana:  
 ¿no sabe que soy león?  
 FERN.— Iremos a un hospital  
 por ella.  
 JORGE.— Di lo que fue.  
 GALIN.— No queréis al hombre mal,  
 según en esto se ve.  
 JORGE.— ¿Veis este? No tiene igual:  
 es mi privado y querido.  
 FERN.— Cuenta, necio, lo que ha sido.  
 JORGE.— Di presto lo que ha pasado.  
 GALIN.— ¿Resuello por algún lado?  
 Que creo que vengo herido.  
 JORGE.— Miradlo, Fernando, vos.  
 FERN.— No tienes nada, ¡por Dios!  
 JORGE.— ¿Qué has tenido, mentecato?  
 GALIN.— ¡Ay que fue con un mulato!  
 JORGE.— ¡Buenos estaban los dos!  
 GALIN.— Como si yo fuera un payo,  
 y el cocinero obispo,  
 me dijo, sacando el bayo:  
 “¿Es este puerco el lacayo  
 del sobrino del Obispo?”  
 “Callad—le dijeron dos  
 que estaban con el gillote—  
 que es más valiente que vos.”  
 “Gana me da, ¡vive Dios!  
 —dijo—, de asille el bigote.”  
 Y entonces la rienda arrojó,  
 y acercándose, desató  
 la lengua con este enojo:  
 “Si está preñado el mulato,  
 llegue, cumplirle he su antojo.”  
 “Los negros—dijo—no son  
 judíos, y es argumento  
 que aprueba bien la cuestión,  
 que hubo en el Nacimiento  
 negros, y no en la Pasión.”  
 Yo entonces, con algún brío,

le dije: “Perro, no ladre;  
 que bien puede ser judío  
 por la parte de su madre,  
 y basta ser gusto mío;  
 que él no es fino de Segovia,  
 sino muy bajo cincoeno.”  
 Replica, y el cuerpo agobia:  
 “Judío veinticuatro,  
 con más faldas que una novia,  
 tómeme esta bofetada”,  
 y diome con el sombrero.  
 Yo arranco la acicalada,  
 y ya fuera el negro harnero,  
 a no ser por gente honrada.  
 ¡Sal aquí, perro!

FERN.— Está quedo.  
 LUIS.— Bien os podéis sosegar;  
 que yo le haré castigar.  
 FERN.— La mano le habéis de dar.  
 Que es un mozo de caballos  
 de casa, y nombre de bien.  
 JORGE.— Los nuestros, don Luis, nos den.  
 FERN.— Haced al patio sacallos,  
 y tú con nosotros ven.  
 JORGE.— ¿Adónde, Fernando, iremos?  
 FERN.— A visitar nuestra prima,  
 que harta obligación tenemos.  
 LUIS.— Y aun es la prima más prima  
 que en Córdoba visto habemos.  
 JORGE.— ¿Es hermosa?  
 LUIS.— Un ángel bello:  
 en rostro, manos y cuello;  
 vence alabastro y jazmín;  
 toda es bellísima, al fin,  
 desde los pies al cabello.  
 JORGE.— Pésame muy en extremo  
 que esté ausente el Veinticuatro  
 que ya el recatarse temo,  
 y yo su fama idolatro,  
 y en su memoria me quemó.  
 FERN.— ¿De qué se ha de recatar  
 siendo sus primos?  
 LUIS.— Por dar  
 ejemplo de casto pecho:  
 que con hermanos lo han hecho  
 otras del mismo lugar.  
 FERN.— Aquesos son disparates:  
 de verla es justo que trates,  
 o tómelo mal o bien.  
 JORGE.— Haz, Galindo, que nos den  
 borceguies y acicates.

(Vanse.)

Salen el REY DON FERNANDO, GARCILASO DE LA  
 VEGA, el CONDE DE PALMA, HERNANDO DEL PUL-  
 GAR Y DON GARCÍA DE TOLEDO.

REY.— Estoy, nobles caballeros,  
 de vosotros bien servido,  
 pues vuestros blancos aceros  
 habéis en sangre teñido  
 de aquellos bárbaros fieros.  
 Y aunque es de Dios la victoria,  
 él quiere que vuestra gloria  
 no se oscurezca de olvido,  
 pues habéis engrandecido  
 la fe con tan larga historia.  
 Ya poseo la Granada,  
 que tan agria, áspera fue,  
 dulce, madura y cortada,  
 y de católica fe  
 la cabeza coronada.  
 Costóme mucho el venir  
 a podella conseguir,  
 después de tan larga guerra;  
 que estaba en nevada sierra,  
 tan áspera de subir.  
 Débeseos, conde de Palma,  
 mucha parte de la empresa;  
 ya desa palma no es palma  
 el fruto que antes profesa;  
 Granada lleva esa palma.  
 ¿Quién vio palmas con granadas?  
 Pero así suele ingerillas  
 el corte de las espadas,  
 y a vuestra frente rendillas  
 todas de palma enlazadas.  
 CONDE.— Señor, si la palma mía  
 os diera aquesta Granada,  
 o en palma vuestra podría,  
 pero fue palma sembrada,  
 que ha dado el fruto tardía.  
 Perdonad su rustiqueza;  
 que humillarse a Vuestra Alteza  
 tiene por mayor hazaña.  
 REY.— Antes es palma de España,  
 que ha de ceñir su cabeza.  
 Vos, Hernando del Pulgar,  
 creedme, que eternamente  
 vuestra hazaña singular  
 vivirá de gente en gente,  
 desde el nuestro al Indo mar.  
 Que el Ave, por quien tan ciertas  
 vemos nuestras peticiones,  
 de estas vidas, en Dios muertas,  
 ya que no en los corazones,  
 la clavastes en las puertas.  
 Fuistes un Marte Gabriel,  
 que con la embajada escrita,  
 tanto os parecéis a él.

PULG.— Quien al moro se la quita,  
 más tiene del Ave y dél.  
 Si clavé el Avemaría  
 en las puertas de Granada,  
 de Garcilaso podría  
 loarse más ser quitada  
 al moro que la traía.  
 GARCIL.— Vos habéis dado sujetos  
 a la fama en qué emplearse,  
 y a los poetas concetos,  
 porque más debe loarse  
 la causa que los efectos.  
 Vos la disteis a mi empresa.  
 REY.— Con vuestra alabanza cesa  
 la que a entrambos puedo dar.  
 GARCIL.— Mis armas ha de envidiar  
 el cielo.  
 REY.— Harta gloria es esa.  
 GARCIL.— Ya luce el Avemaría  
 en mis banderas y escudos,  
 donde el sol detiene el día.  
 REY.— ¿Por qué nos tenéis tan mudos  
 vuestros hechos, don García?  
 ¿O nan de ir estos como salva,  
 y de vuestro sol el alba,  
 que a mí encarecerlo puedo?  
 Hablad, famoso Toledo,  
 honor de la casa de Alba.  
 GARCÍA.— Entre tales caballeros,  
 ¿qué puedo, señor, decir?  
 REY.— El que fue de los primeros  
 en hacer y proseguir,  
 se alaba de los postreros;  
 no fue vuestra espada en blanco,  
 ni fue vuestra lanza mimbre;  
 que ya llega al cielo franco,  
 el ángel azul y blanco  
 de vuestro dorado timbre.  
 Hoy queda por vos el nombre  
 de Toledo eternamente,  
 adonde la vida asombre  
 de ver un hombre excelente,  
 si quien es tan grande es hombre.  
 PAJE.— Aquí, Rey invicto, está  
 don Fernando el Veinticuatro  
 de Córdoba, que hoy se va,  
 y de Ecija tres o cuatro  
 hidalgos.  
 REY.— Descansen ya.  
 Vuélvansen a su casa todos,  
 pues volvieron de mil modos  
 por España y por su honra,  
 desde la infamia y deshonra  
 del primer rey de los godos.  
 ¿Quién son?  
 PAJE.— Esteban Sarmiento  
 y Pedro Trillo.

que El médico de su honra, porque el vértigo sanguinario que convierte a Fernán Alfonso en una bestia brava, y le hace casi irresponsable de sus acciones, resulta menos atroz que la enmarañada y fría casuística con que preparan sus venganzas los maridos calderonianos."

Los comendadores de Córdoba es, en efecto, un drama excepcionalmente hermoso e impresionante; todo en él es pasión legitimamente humana, acción naturalísima sin mezcla alguna de digresiones enojosas, diálogo oportuno de rapidez casi fulminante, objetividad absoluta, lirismo plétórico de aciertos, espontaneidad expresiva que se confunde con la realidad misma y que no parece esfuerzo de arte. Y si animada y alegre es la jornada primera, modelo de exposiciones en acción, no menores be-

lezas encierra la jornada segunda, con menos alegría, pero con mayor interés; y en la jornada tercera, el dramatismo alcanza calidades pocas veces superadas en el teatro clásico español.

Con el mismo tema de esta obra de Lope, y aun basándose en ella, escribió Alvaro Cubillo La mayor venganza del honor y Comendadores de Córdoba.

Si, como cree Pérez Pastor—Nuevos datos, pág. 36—, esta comedia fue escrita antes de 1593, año en que, a 9 de julio, se obligó a Gaspar Núñez a representarla en Nava del Carnero, o, como cree Ristori, antes de 1587, Lope debió de corregirla posteriormente, ya que el texto impreso se ajusta al aludido romance recogido por Juan Rufo e impreso en 1596. Aun cuando tampoco pueda asegurarse que el romance no fuera de dominio popular y Rufo se limitara a "retocarlo".

## LOS COMENDADORES DE CORDOBA

### PERSONAS

DON JORGE, comendador.	RODRIGO, su esclavo.	EL REY DON FERNANDO.
DON FERNANDO, ídem.	DOÑA BEATRIZ.	GARCILASO DE LA VEGA.
DON LUIS, caballero.	DOÑA ANA.	EL CONDE DE PALMA.
GALINDO, lacayo.	ANTONIA, doncella.	HERNANDO DEL PULGAR.
DON FERNANDO, veinticuatro de Córdoba.	ESPERANZA, esclava.	DON GARCÍA DE TOLEDO.
	MEDRANO, criado.	Dos Embajadores.

*regidor de ayuntamiento en algunas ciudades de Andalucía*

### JORNADA PRIMERA

Salen DON JORGE y DON FERNANDO, comendadores, y DON LUIS, caballero.

JORGE.—Grande merced nos ha hecho el Obispo mi señor.

FERN.—Corresponde a su buen pecho, ha igualado a su valor, y su sangre satisfecho.

LUIS.—Que os trate como sobrinos, ¿qué os admira, si sois dignos de serlo del mismo Rey?

FERN.—Por su sangre, a toda ley; que por lo demás, indignos. ¡Cuánto se ha holgado de vernos tan robustos y soldados!, que nos dejó niños tiernos,

y tan de cerca ocupados en militares gobiernos, y no con malas haciendas.

LUIS.—Y más si tan altas prendas a los méritos reduces, por buena sangre, las cruces, por obra, las encomiendas.

Ya tenía información que en Granada habéis servido al Rey en esta ocasión, y que han parejas corrido hazañas y obligación.

Huélgase en extremo en veros tan soldados y galanes, tan honrados caballeros, y que en tres mil capitanes hayáis sido los primeros.

Cuando agora me llamó, que os apresase mandó, dos caballos, en que vais por la ciudad.

FERN.— ¿Vos pensáis salir, don Jorge?

JORGE.— Yo, no; que de Córdoba, en Castilla dicen los que al viento igualas, que por mucha maravilla nace el caballo con alas, y el hombre sobre la silla; y que el niño, aunque no entienda que es Córdoba flor de España, y apenas a hablar aprenda, sobre el caballo de caña sabe dar y quitar rienda. Aquí, en ponelle los pies dicen que sabe el caballo si es el hombre cordobés, para querello y amallo, y al revés si no lo es. Y porque no me inquiete, más quiero, aunque me promete tan buen padrino a mi lado, ser a pie galán soldado, que a caballo mal jinete.

FERN.—Yo soy de tu parecer, y no salir en lugar que cualquier niño o mujer sabe picar o parar, pies, cuerpo y brazo, al correr.

LUIS.—No burléis por tales fines los caballos y aderezos que están en esos patines con bandas a los pescuezos y listones a las crines; jaeces, que es un tesoro su valor, obra de un moro famoso entre los Ganzules;

caparazones azules bordados de plata y oro. Entrad, veréis cuál están, de española furia llenos, un bayo y una alazán desempedrando el zaguán y jabonando los frenos. Parece que están diciendo que hasta salir no se aplacan, y entre el espumoso estruendo, a vueltas están comiendo la misma sangre que sacan.

JORGE.—No hemos de salir en ellos.

LUIS.—No hagáis así burla de ellos: mirad que se correrán, estando ya en el zaguán, si los vuelven sin correllos.

FERN.—Póngannos dos, por tu vida, más mansos.

LUIS.— ¿Cómo?

FERN.— A la brida.

LUIS.—Creo que de mí os hurláis: mejor es que los pongáis en carrera que en corrida.

JORGE.—Dejadlos, don Luis, así; que os aseguro de mí, que a Córdoba no le pese de verme.

FERN.— Descuido es ese, don Jorge, estando yo aquí, viendo en fiestas hoy acaso con caña, con lanza o luz, al veloz curso o al paso subir caballo andaluz, si fuere el mismo Pegaso. En cualquier nave me engolfo, ni temo estrecho ni golfo, con todo me estrello y rifo; domar puedo al Hipogrifo, como se dice de Astolfo.

LUIS.—Pues alto: no desconfíes: venga algún paje que os calce.

FERN.—Traedme unos borceguies.

JORGE.—A mí, la humildad me ensalce.

FERN.—¿Ya de mis retos te ries? Córdoba, haré que me vengue.

Sale GALINDO, lacayo, la capa al brazo y la espada desnuda, y dicen dentro:

¡Aparta, aparta!

GALIN.— No importa:

¡téngase, señor perrenque,

o haré que Juan de la Horta

los dos ojos le derrenque!

JORGE.—¡Vive el señor, que es Galindo!

¡Ah borracho!

Para vivir, me está bien deseáros,  
para ser venturoso, conoceros;  
solo le pido a Dios, para entenderos,  
ingenio que ocupar en alabaros.  
La pluma y lengua, respondiendo a co-

[ros,  
quieren al cielo espléndido subiros,  
donde están los espíritus más puros;  
que entre vuestras riquezas y tesoros,  
papel y lengua, versos y suspiros,  
de olvido y muerte vivirán seguros.  
JORGE.—Hombre es este. ¿Qué he de ha-  
cer? ¿Quién va allá?

FERN.— ¿Quién lo pregunta?  
JORGE.—Punto tiene, pues me apunta.  
Pase.

FERN.—El pase.  
JORGE.—Podría ser.  
¿Tiene qué hacer?

FERN.— ¿A qué efecto  
le he de dar cuenta de mí?  
JORGE.—Suelo yo pediría así.

(Me te mano.)  
FERN.—Tente: ¿no eres más discreto?  
JORGE.—¿Conocíste me?

FERN.— Yo, ¿cuándo?  
JORGE.—Ea, que esa valentía  
por conocerme sería.

Gente viene: oye, Fernando.

Sale GALINDO a lo gracioso, de noche,  
con casco y rodela.

GALIN.—Si en el poyo más limpio o más  
pestífero

de tu cocina fresca y aromática,  
duermes por no escuchar la dulce plá-  
de este cautivo pobre lacayífero, [tica  
despierta de mi pena al son mortífero,  
Medea pucheril, Circe fregática,  
pues eres la piscina y la probática,  
que me ha de dar remedio salutarífico.  
Vuelve los pernicarcos ojos rígidos  
a este ojizambo amante en mil recá-  
el alma llena de éticas y tísicas. [maras,

Mira que de tener los pies tan frígidos,  
podrá, señora, ser que me den cámaras,  
que para ti serán crueldades físicas.

JORGE.—Parece que viene acá.  
GALIN.—Dos hombres hay, ¡vive Dios!  
JORGE.—Si aqueste acomete a dos,  
o es loco o armado está.

GALIN.—¿En la puerta de mi daifa?  
No, ¡por Dios! ¡Fuera de ahí!

JORGE.—¿A dos te llegas así?  
GALIN.—No se me da una azufaifa.  
JORGE.—¿Es Galindo?

GALIN.— ¿Es mi señor?  
JORGE.—¡Ah borracho!  
GALIN.— ¡Fuera, digo!

FERN.—Ea, bueno está.  
JORGE.— ¿Qué amigo  
es este de armas y amor!

¿Adónde vas?  
GALIN.— Aquí tengo  
un poquillo de esperanza.

JORGE.—¿Que aun a ti parte te alcanza?  
GALIN.—A la misma tienda vengo.

Sale DOÑA ANA a la ventana.  
ANA.— ¡Ce, ce!

FERN.— Señas son.  
ANA.— ¿Qué digo?

¿Es don Jorge?  
GALIN.— Y otros cuatro.  
ANA.—Ya es venido el Veinticuatro.

JORGE.—A mi desdicha maldigo.  
¿Entróse?  
FERN.— Sí.

JORGE.— No podemos  
estar en la calle más.  
GALIN.—A ella digo.

JORGE.— ¿Adónde?  
GALIN.— ¿Ya,  
Esperanza, no hablaremos?

JORGE.—No hay esperanza aquí.  
Visitémosle mañana.  
GALIN.—Adiós, esperanza vana.

FERN.—Si es esta, búscala en mi.

## JORNADA SEGUNDA

Salen DOÑA BEATRIZ y el VEINTICUATRO,  
solos.

VEINT.—¿Cómo puedo replicar  
a Córdoba en lo que os digo,  
pues es llano que conmigo  
puede mejor negociar?  
Sabe que me quiere bien  
el Rey mi señor, y sabe  
que estoy en su pecho grave  
acreditado tan bien,  
que no le puedo pedir  
cosa que deje de hacer:  
Córdoba me ha menester;  
debo a su gusto acudir,  
por su hijo, y porque tengo  
el oficio que sabéis:  
paciencia tener podéis,  
Beatriz, en tanto que vengo;  
que no hay desde aquí a Toledo  
tanto mar, que os cause enojos.

BEAT.—Basta que haya el de mis ojos.  
VEINT.—En ese, anegarme puedo;

y no solo yo, que el alma,  
con ser de la muerte exenta,  
podrá en él correr tormenta,  
o tener la vida en calma.

Ya que al otro puso Dios  
márgenes, y vive en ellas,  
al mar de vuestras estrellas  
ponedlas mi vida vos;

que aunque llevo tanto fuego,  
cuanto a resistirse muestra,  
es una lágrima vuestra  
un diluvio en que me anego.

Sosegad, pues, el diluvio;  
y mientras la oliva toma  
mi fe, cándida paloma,  
salga el sol dorado y rubio.

Ea, pues, háblame ya;  
que me enojas de esa suerte.  
Piensa en que ya vuelvo a verte,  
verás qué gusto me da.

Y piensa que en toda parte  
soy tu marido, y un hombre  
cuya alma lleva tu nombre,  
pero el alma no se parte.

Que cuando el pecho me abras,  
no es de un mármol diferencia,  
pues el curso de la ausencia,  
es ya como las palabras.

Que dellas se dicen bien  
que unas a otras se enlazan;  
las ausencias amenazan  
ya con lo mismo también.

BEAT.—No bastaba la pasada:  
¡plegue a Dios que pare en esta!

VEINT.—Es muy diferente aquesta,  
que es una breve jornada.

Ved la distancia que encierra,  
para que la vuelta importe  
el negociar en la corte  
o el acudir a la guerra.

Mejor despacho y prosigo  
mi negocio de ordinario,  
allí con el secretario,  
que allá con el enemigo.

Y así, más breve jornada  
en paz que en guerra cruel,  
aquí dándole un papel,  
que acullá con el espada.

BEAT.—Por más breve la tuviera,  
que espada y no pluma corte;  
que los negocios de corte  
no pasan de esa manera.

Sirve en Granada un soldado,  
va a la corte a negociar,  
y más tarda en despachar  
que no en haber peleado.

VEINT.—Verdad es que alguno habría  
en la corte tan novel,  
que le pesase el papel  
más que la espada algún día.

Esto no es pretender nada,  
de Córdoba es interés,  
y así, mi papel no es  
la relación de mi espada.

Negocios de la ciudad  
tendrán su despacho presto;  
y veo que el ir a esto  
es de mucha autoridad.

También ver al Rey deseo,  
que le tengo mucho amor.

BEAT.—¡Ay Fernando, mi señor,  
como esas palabras creo!

¿Quién duda que a ver no vais  
alguna reina de aquellas  
que en la corte...?

VEINT.— No habléis de ellas;  
que en el honor me tocáis.  
Yo, mientras vos me viváis,  
que os me guarde Dios mil años,

JORGE.— Fernando, espera. (Vanse.)

GALIN.—Déjale estar, que ya era rey, príncipe y arzobispo.

FERN.—Galindo, aunque disimulo, más me huelgo que los dos.

GALIN.—Tú, de querer, ¡vive Dios, que no sabes más que un mulo!

En esta ocasión de ahora, todo es néctar y ambrosía;

tienes la boca más fría que un alma de cantimplora.

Anda, que agravias al bien en no saberlo estimar.

FERN.—Debajo de este callar, siento más y amo también;

que la divina hermosura de doña Ana no es tan poca,

que hasta un mármol no provoca; y no es el alma tan dura.

Bien la quiero, mas no estoy tan loco como mi hermano.

Sale DON JORGE, muy triste.

JORGE.—Bien veis, pensamiento vano, cuán en popa el viento os doy.

Subid por el pensamiento, alcanzaréis mi esperanza;

que eso tiene y eso alcanza quien da su esperanza al viento.

FERN.—¿De qué es la tristeza ahora?

JORGE.—Viene tras él la alegría, que es noche que sigue al día;

yo os perdí, dulce señora.

FERN.—Dime, ¿el Obispo no fue quien ahora te llamó?

JORGE.—Sí fue; mas él me mandó que al viento mis quejas dé.

FERN.—¿Cómo! Don Jorge, ¿ha sabido nuestros amores?

JORGE.—No, hermano.

FERN.—Pues ¿qué te quejas en vano?

JORGE.—Igual mi desdicha ha sido.

FERN.—¿Cómo?

JORGE.—Mándame partir a ver el Rey a Toledo.

FERN.—¿Hoy?

JORGE.—Hoy, si partir puedo, por lo menos a morir.

GALIN.—¿Hase visto tal ventura como la mía, Fernando?

Ya me estoy pronosticando que un siglo su ausencia dura.

¡Bien haya quien ventas hizo, hasta las sillas y frenos!

JORGE.—Calla, necio.

FERN.— Yo, a lo menos, no soy tan antojadizo;

pero sé de mi ventura, sufrimiento y diligencia,

que de temores de ausencia tengo a doña Ana segura.

De que te vayas me pesa; pero ¿qué se puede hacer?

JORGE.—¿Qué podrá el alma perder la victoria de esta empresa!

¡Ah cielos, que he de partir!

FERN.—Yo miraré por las dos: ¡vete, don Jorge, con Dios.

JORGE.—Bien es, pues voy a morir.

Sale DON LUIS.

LUIS.—El Obispo quiere hablarte.

FERN.—¿A quién, a mí?

LUIS.—A don Fernando.

FERN.—¿A mí?

LUIS.—Sí; ¿qué estás dudando?

¿Es mucho ahora llamarte?

FERN.—Mas qué, ¿no me quiere a mí, para que a Córdoba deje?

(Vanse.)

JORGE.—¿Que es posible que me aleje, señora Beatriz, de ti?

¡Oh Galindo! ¿Qué he de hacer?

GALIN.—También tengo que llorar.

JORGE.—Pues ven acá, agua del mar, cual nube para llover.

A Toledo y al Rey voy con pretensiones, que diera,

cuando la del reino fuera, por estar adonde estoy;

que es mi centro, que es mi esfera, que es de mi vida y contento

el sólido pensamiento, causa y materia primera.

Yo ya estoy encomendado.

¿Qué quiere ahora mi tío?

GALIN.—No es sin causa, señor mío.

JORGE.—¿Quién se lo habrá revelado?

Aunque es obispo, no es santo; no debe de ser por eso.

GALIN.—Será por curarte el seso, que en Toledo curan tanto.

Al Nuncio quizá te envía por bulas de buen asiento.

Sale DON FERNANDO, muy triste.

FERN.—O él entiende el pensamiento, o a nuestro amor pone espía.

¿Hay desdicha ni dolor que al mío igualarse pueda?

Burléme, pasé la rueda, pisé mi esperanza en flor.

¿Quién de la ajena mancilla no tiene la risa a raya?

JORGE.—¿Qué te ha dicho?

FERN.— Que me vaya a esta tarde a Sevilla.

Y no menos se contenta;

que excusándome salir, dice que puedo dormir

en esta primera venta;

y por más que don Luis hizo, dice que pongan los frenos

a las mulas.

GALIN.— Yo, a lo menos, no soy tan antojadizo;

pero si de mi ventura, sufrimiento y diligencia,

que de temores de ausencia tengo a doña Ana segura.

FERN.—¿Burlaste de ver poner tan dulce fin a mi empresa?

GALIN.—De que te vayas me pesa; pero ¿qué se puede hacer?

FERN.—Haré, necio, un desatino.

GALIN.—Yo miraré por las dos: vete, don Jorge, con Dios.

FERN.—¡Aun si fuera mi camino!

Para que el mal no me aqueje, hallara remedio en mí.

GALIN.—Mas qué, ¿no me quiere a mí, para que a Córdoba deje?

FERN.—Hete de hacer las narices...

JORGE.—Fernando, paciencia, y vamos.

FERN.—¡Buenos, por mi vida, estamos!

GALIN.—Y de Esperanza, ¿qué dices?

FERN.—Que, ¡vive Dios, que has de ir con el uno de los dos!

GALIN.—¡Ay, no me llevéis, por Dios!

JORGE.—Qué, ¿te pensabas reír?

¡Ea, a Toledo conmigo!

FERN.—¡No, sino a Sevilla irá!

GALIN.—Desconformes estáis ya: un remedio.

JORGE.— Di.

GALIN.— Ya digo.

A Sevilla dice el uno, el otro dice a Toledo;

yo, que si en Córdoba quedo no se agraviará ninguno.

JORGE.—Eso no, que mi tristeza sé que te habrá menester.

FERN.—Ello, suertes ha de haber con quién va la buena pieza.

JORGE.—Sea así.

FERN.— Llégate acá;

¿cuál quieres más?

JORGE.— Dilo, a ver.

FERN.—Escoge, vino o beber.

JORGE.—Beber escojo.

FERN.— Ya, va.

Di, Galindo, de estos dos, ¿qué escoges, beber o vino?

GALIN.—Beber, o vino, adivino

mucho hay que entender, ¡por Dios!

Sin vino, no hay qué beber; sin beber, ¿qué importa el vino?

Pero ya que el vino vino, sin beber falta el placer.

Un hombre rico y enfermo, de comer puede tener,

pero no poder comer.

JORGE.—Habla.

GALIN.— ¿Pensáis que duermo?

Todo esto es filosofía.

FERN.—Filosofía vinosa.

GALIN.—El vino por sí no es cosa que a nadie gusto daría.

El beber se siente el gusto, luego beber es mejor:

beber escojo, señor.

JORGE.—Connigo.

GALIN.— Yo de ello gusto.

FERN.—A despedirnos partamos.

GALIN.—A Toledo voy, en fin, que es cerca de San Martín.

JORGE.—A ver nuestras prendas vamos.

GALIN.—Por acá estaba Cazalla, y a Alanís no voy también.

JORGE.—Haz que un caballo me den.

GALIN.—No hay silla.

JORGE.— Necio, compralla.

(Vanse.)

Salen RODRIGO, esclavo, y ESPERANZA.

RODR.—Pues te has burlado de mí, falsa y fingida Esperanza,

bien se ve que al viento alcanza quien pone esperanza en ti.

A un lacayo, a un bellacón, rascamulas, alcahuete,

de los que de siete en siete van al mar en procesión;

a un hombre del baratillo, que se alquila y aun se vende,

¿das lo que un alma defiende?

ESPER.—No hay fuerza sin un portillo.

¿Qué quieres? Por él entró, puesto que me defendí.

RODR.—No nace solo de ti, mas de quien la causa dio.

¿Piensas que yo no he sabido que don Jorge...?

cuelga la espada, valeroso Príncipe,  
en tanto que tus reinos y vasallos  
están en blanda paz gozando a Numa;  
y en los famosos templos las banderas  
de tantos enemigos humillados.  
Si a tu humildad no fuera pesadumbre,  
Castilla hiciera, el tiempo que le queda,  
arcos, columnas, carros y pirámides,  
con mejores renombres y atributos.

REY.—Partirme es fuerza: adiós, ciudad  
[insigne, pena;  
que tanto me costáis de angustia y

estadme agradecida, pues os saco  
de esclava de Mahoma y doy a Cristo,  
en quien estáis como señora hermosa;  
ya no sois de los bárbaros cautiva,  
ni daréis voces, ofendiendo al cielo;  
que sola érades vos la desdichada,  
siendo en España vos la más granada.  
(Vanse.)

Sale el VEINTICUATRO, de camino,  
y Criados.

VEINT.—Llama a esa puerta, Medrano.  
MEDRA.—Las mulas, con el ruido,  
han despertado el oído  
de quien no te guarda en vano.

Salen RODRIGO, esclavo, ESPERANZA  
y DOÑA ANA.

VEINT.—¿Que ya en mi casa me veo!  
RODR.—Dame esos pies.  
VEINT.—¡Oh Rodrigo!  
RODR.—¿Cómo vienes?  
VEINT.—Bueno, amigo;  
ya se cumplió mi deseo.  
¿Cómo estás, Esperancica?

ESPER.—Ya, con verte, mi señor,  
de tu esperanza y favor  
está mi esperanza rica.  
ANA.—Con lágrimas en los ojos  
os recibe mi alegría.

VEINT.—¡Oh Ana! ¡Oh sobrina mía!  
ANA.—Ya os perdono los enojos  
que de no haberme escrito,  
señor mío, me habéis dado.

VEINT.—¿Estás buena?  
ANA.—Triste he estado.  
VEINT.—¿Y ahora?  
ANA.—Alegre infinito.  
ESPER.—Mi señora viene ya.

Sale Doña BEATRIZ.

VEINT.—¿Como, mi bien, la postrera?  
BEAT.—Si el placer lugar me diera,  
y el alma, que en vos está,  
por la ventana saltara  
o por este corredor.

Gracias a Dios, mi señor,  
que ya veo vuestra cara:  
otro abrazo os quiero dar.  
¡Jesús, qué bueno venís!

VEINT.—¿Estáis vos?  
BEAT.—¿Qué decís?  
Pues con vos, ¿no lo he de estar?

Si muerta ahora estuviera  
y esta mano me tocara,  
al mundo otra vez tornara  
y por milagro viniera.

VEINT.—El placer os da licencia  
para decir imposibles.

BEAT.—Y el haber sido terribles  
los sentimientos de ausencia.  
Dadme, mi bien, esas manos.

VEINT.—Dejad ya tantos excesos.

BEAT.—¿Qué hay de salud y sucesos?

VEINT.—Que en Córdoba estamos sanos.  
Veisnos aquí que, ¡por Dios!,  
que no comen cordobeses  
los moros.

BEAT.—Son los arneses  
de acero, y diamante en vos.  
Y vos, Medrano, ¿venís  
con salud?

MEDRA.—La que me das.  
VEINT.—Desde hoy le tened en más:  
de gente hidalga os servís;  
que allá ha muerto su morillo,  
y aun pienso que más de dos.

BEAT.—¿Valiente sois?  
MEDRA.—Sí, ¡por Dios!  
Mi señor puede decillo.

BEAT.—¿Habéis allá regalado  
al Veinticuatro muy bien?

MEDRA.—Sin ti, aunque el mundo le den;  
pero téngole obligado.

BEAT.—Quitadle aquellas espuelas,  
dalde ropa, descalzalde.

VEINT.—No llevo a mi casa en balde.

RODR.—Espérate, quitarélas.

VEINT.—Déjalas estar, Rodrigo;  
que he de ir a besar los pies  
al Obispo.

BEAT.—Iréis después,  
que ahora os quiero conmigo;  
esta noche descansad.

VEINT.—La obligación es por vos.

BEAT.—Pues mejor me ayude Dios.

que vos rondéis la ciudad.

¿Hay a quién dar alegría  
y recibir parabién?

VEINT.—Alto: una ropa me den:  
no haya más, señora mía.

¿Qué hay de cenar, Esperanza?

ESPER.—Señor, como no supimos  
que venías, no tuvimos

más que la honesta pitanza;  
pero no te dé cuidado,

que no falta un perdigón  
con que se gaste un limón,

sobre un torrezno cortado;  
dos conejos hay en casa.

VEINT.—¡Oh, pesar de mi capote!  
Yo quiero entrar hoy a escote;  
luego al momento los asa.

¿Eso dices que no es nada?

ESPER.—Matarte puedo un capón.

VEINT.—No gastes otro limón.

ESPER.—También tengo una empanada.

VEINT.—Mas matalle; ¿y de qué, di?

ESPER.—De palominos, señor.

VEINT.—No en balde te tengo amor:  
ahorrándote vas así.

Si yo muero con mi lengua,  
no servirás a hombre vivo.

¡Oh cuánto gusto recibo!

¿Quién pone en casarse mengua?

¿Quién era aquel ignorante  
que habló mal del casamiento?

¿Tiene otro estado el contento  
que ahora tengo delante?

El que está más enfadado,  
pruebe alguna vez siquiera

a hacer que viene de fuera  
verá lo que es ser casado.

Miren aquí mi familia,  
mis criados y mujer,

reventando de placer.  
¿Qué hay de Juan? ¿Qué hay de Sici-

Todos los he de abrazar,  
que, aunque negros, gente son.

RODR.—¡Qué bondad! ¡Qué condición!  
BEAT.—Rabiando estoy de pesar.

VEINT.—Hasta los perros parece  
que alegra verme en mi casa.

¿Qué piensa quien no se casa?  
La libertad envejece.

¡Oh alegre y dichoso estado!  
Si la cabeza me duele,

tengo al fin quien me consuele,  
que es mi mujer a mi lado.

Siente, en efecto, mi mal,  
alégrase de mi bien,  
y, en efecto, tengo quien  
lo sienta con rostro igual.

Si me ausento, me desea;  
si vengo, me da sus brazos,

no con fingidos abrazos,  
como de otros bien se crea.

Mira mi hacienda, y regala,  
es médico y es consuelo:

si es buena, es prenda del cielo,  
y del infierno si es mala.

Vamos, hijos, a cenar,  
descalzalme: acostaréme.

(Vase.)

BEAT.—¿Quién esto escucha y no teme,  
doña Ana, en qué ha de parar?

ANA.—Anda, señora, no temas;  
que de aquestos engañados

tiene amor muchos culpados.

BEAT.—Cuando me hielo, me quemas.  
¡Oh, nunca hubiera venido!

¿Qué hará don Jorge esta noche?

ANA.—Cuando la ronde de noche,  
sufrirá, que es tu marido.

BEAT.—¡Ay de la que ha de fingir  
gusto con quien no le tiene!

ANA.—¿Y qué le diré si viene?

BEAT.—Que sufra el verme morir.  
(Vanse.)

Sale DON JORGE con capa y rodela, como de  
noche.

JORGE.—Deseando estar dentro de vos  
[propia

señora, por saber si soy querido,  
miré ese rostro, que del cielo ha sido,

con estrellas y sol, retrato y copia.  
Y siendo cosa a mi humildad impro-

vine de luz y resplandor vestido [pia,  
con vuestros ojos, cual Faetón rendido,

cuando abrasa los campos de Etiopia.  
Pues viéndome en el cielo y paraíso,

y cargado de sol, dije: Teneos,  
deseos locos, que me habéis burlado.

Vos quitasteis los ojos de improviso,  
y cayendo conmigo mis deseos,

fue mayor el castigo que el pecado;  
pero tan obstinado,

que otro Luzbel he sido,  
en no ver luz ni estar arrepentido.

Sale DON FERNANDO, con capa y rodela como  
noche.

FERN.—Ya no quiero más bien que solo  
[amaros,

ni más vida, señora, que ofreceros  
la que me dáis, cuando merezco veros,

ni más gusto que veros y agradaros.

¿haceros, ausente, engaños,  
con las reinas que decís?  
¡Qué mal mi amor conocéis!  
No hablemos, señora, en eso:  
o el partir os quita el seso,  
o por sin él me tenéis.  
Hora es ya de mi partida:  
¡hola, Rodrigo!

RODR.— Señor...  
BEAT.— ¡Qué poco estimáis mi amor!  
VEINT.— Sois el alma de esta vida:  
llámame a Carpio y Medrano.  
RODR.— ¡No fuera contigo yo!  
VEINT.— ¡Ojalá!  
RODR.— Luego ¿voy?  
VEINT.— No.  
Mostrad, señora, esa mano.  
RODR.— Señor...  
VEINT.— Vétene de ahí;  
que acá serás menester.  
RODR.— ¿Que no he de ir?  
VEINT.— No es menester:  
esos dos vengan aquí.  
Beatriz, entre este dedo y el pequeño,  
y grande, luego al corazón aplico  
este diamante, aqueste anillo rico,  
más que por sí, por el valor del dueño.  
En él todo mi crédito os empeño,  
y en él todo mi amor os certifico;  
para su estimación el mundo es chico;  
la plata es precio vil, el oro es sueño.  
Yo os doy aquí mi ser, mi honor, mi  
[hacienda:  
esta es mi fe: con mi leal decoro,  
aquí mi hidalga sangre está esculpida.  
Guardadle bien, que os doy en esta  
[prenda  
valor, crédito, anillo, plata y oro,  
lealtad, fe, honor, hacienda, sangre y  
[vida.

BEAT.— Yo lo estimo como es justo,  
y en el alma engastaré,  
por ser oro de la fe  
de vuestro amor y mi gusto.  
No temáis que el mundo pueda  
sacarle del corazón.  
VEINT.— Grande muestra de afición  
he hecho, pues con vos queda;  
que en mi vida pensé yo  
que le apartara de mí.  
Sale RODRIGO.

RODR.— Tus primos están aquí.  
VEINT.— ¿Dirán que estoy, o que no?  
¿Quiénes son?  
RODR.— Los Comendadores.

BEAT.— ¡Jesús! Entren: ¿qué reparas?  
VEINT.— No entendí que tú gustaras...  
No tengo amigos mayores.  
Son mis deudos, y tan buenos,  
que me honro de su lado;  
que por ellos no ha llegado  
su linaje a valer menos.  
Hónrase el Obispo mucho  
de tener sobrinos tales,  
porque son muy principales.  
BEAT.— ¡Qué bien su alabanza escucho,  
por la parte que me alcanza,  
de Jorge, mi dulce amigo!  
Porque al fin, del enemigo  
es más cierta la alabanza.  
VEINT.— ¡Qué galanes, qué hidalgados,  
qué bien que lucen ahora!  
Y aun os prometo, señora,  
que son muy buenos soldados.  
Pues don Jorge no es discreto;  
es una perla, ¡por Dios!  
BEAT.— Yo sé que os sirven a vos  
y os pagan el buen conceto;  
que todo cuanto conmigo  
tratan, es vuestra alabanza.  
VEINT.— Mozos de grande esperanza:  
a su fianza me obligo.  
En tales manos cayese  
siempre mi honor.  
BEAT.— Ya lo está.  
Salen DON JORGE y DON FERNANDO.

JORGE.— ¡Que el Veinticuatro se va,  
y que ahora lo supiese!  
¿Cómo, señor, a Toledo  
sin dar parte a vuestra hechura?  
VEINT.— Esto la ciudad procura:  
en obligación le quedo;  
que entre muchos que hay mejores,  
a sus negocios me elige.  
¿Quién lo dijo?  
RODR.— Yo lo dije  
al subir los corredores.  
JORGE.— Pues ¿importaba el secreto?  
VEINT.— A mis primos no importaba.  
Dame de vestir, acaba.  
JORGE.— ¿Hoy os partís, en efeto?  
VEINT.— Ya me voy.  
FERN.— ¿Y es vuestro gusto  
que os vamos acompañando  
Jorge y yo?  
VEINT.— ¡Jesús, Fernando!  
Eso al Obispo, que es justo:  
servidle, que es lo que importa,  
para que os haga merced.  
¡Hola! Botas me traed.

FERN.— ¿Hoy harás jornada corta?  
VEINT.— Hasta Adamuz llegaré,  
aunque camine sin luz.  
JORGE.— Con ella irás a Damuz,  
que hay poca tierra.  
VEINT.— No sé.  
FERN.— Ahora bien, hasta Alcolea  
contigo iremos.  
VEINT.— Yo os beso  
las manos por el exceso:  
para cuando vuelva sea;  
que ahora secreto voy.  
FERN.— Jorge, démosle lugar.  
VEINT.— ¿No me traéis de calzar?  
Con gentil espacio estoy.  
JORGE.— Dios, señor, con bien os lleve.  
VEINT.— El os guarde más que a mí.  
JORGE.— ¡Jesús! No paséis de aquí.  
BEAT.— Hace, primos, lo que debe.  
JORGE.— Señora, consuélalos Dios  
en esta ausencia.  
BEAT.— El lo haga.  
VEINT.— Bien quiero a Jorge.  
BEAT.— El os paga.  
VEINT.— ¡Qué bonitos son los dos!  
(Vanse.)  
¡Bien empleada crianza  
en mozos tan gentilhombres!  
BEAT.— Galanes son.  
VEINT.— Y muy hombres.  
BEAT.— ¡Qué bien le está su alabanza!  
Rodrigo, Carpio, Medrano...  
¿Qué es esto?  
RODR.— A punto están todos.  
VEINT.— Pienso el irme de mil modos,  
y detiéneme esa mano;  
pero ahora, hasta partirme,  
aun no se me ha puesto el sol.  
BEAT.— Agua dice este arrebol.  
VEINT.— Diga fuego, que es más firme.  
(Vanse.)  
Salen los COMENDADORES y GALINDO.

JORGE.— ¿Hase visto igual ventura  
como la mía, Fernando?  
Ya me estoy pronosticando  
que un siglo su ausencia dura.  
¡Ay hermosísimos ojos!  
¿Posible es que he de gozaros,  
sin ser de su cielo avaros,  
por desdenes y despojos?  
¡Bien haya quien hace ausencia!  
¡Bien haya quien inventó  
camino, pues hallé yo  
el de gozar tu presencia!  
¡Bien haya quien ventas hizo,  
hasta las sillas y frenos!

FERN.— Por mi fe que estamos buenos:  
¿este es amor o es hechizo?  
JORGE.— Pues ¿no quieres que esté loco,  
viendo al Veinticuatro ausente?  
GALIN.— Caminando hasta las veinte.  
JORGE.— Para mi deseo es poco;  
que camino es un instante,  
con sola una fantasía,  
desde el Austro a Mediodía,  
desde Poniente a Levante.  
GALIN.— Dime: si el mundo has andado,  
¿has visto en algún zaguán  
la silla del alazán,  
que esta noche me han hurtado?  
JORGE.— Galindo está de mi humor;  
¿qué me dices, Galindillo?  
FERN.— Ya de ver, me maravillo,  
la calidad de tu amor.  
Está quieto, vuelve en ti.  
JORGE.— ¡Jesús, ido el Veinticuatro!  
GALIN.— ¡Que entre tres sillas o cuatro,  
la mejor faltó de allí!  
JORGE.— ¡Oh, qué días que me esperan!  
¡Oh, qué noches que me aguardan!  
Pero ya las horas tardan,  
los deseos desesperan.  
¡Ay Beatriz!  
FERN.— A todos toca  
parte del gusto mañana;  
que también quiero a doña Ana.  
JORGE.— Hoy, alma, te vuelves loca.  
GALIN.— También entraré en la danza;  
pero...  
JORGE.— ¿Qué te maravilla?  
GALIN.— Acordarme de la silla,  
me hace olvidar de Esperanza.  
JORGE.— Ea, que el perdón te alcanzo.  
GALIN.— Luego, ¿no habrá sobresalto  
de salario?  
JORGE.— No.  
GALIN.— Pues alto:  
salto, bailo, canto y danzo.  
FERN.— Tente, bestia.  
JORGE.— Déjale,  
que muy bien hace. Voltea:  
no haya cosa que no sea  
gusto y fiesta.  
GALIN.— ¿Voltearé?  
JORGE.— ¿Pues no?  
GALIN.— ¿Soy yo buratín?  
Si hubiera aquí una maroma...  
Pero, ¡por Dios, que me aploma  
el peso del nalगतin!  
Sale DON LUIS.

LUIS.— Señor don Jorge, el Obispo  
os llama.

se fueron burlando, pues no llega el cuando de volver aquí. Tristes de vosotros, cuitada de mí! En qué triste día se trató el amor que con tal rigor a los dos desvia, pues el alma mía os lleva ansí! Tristes de vosotros, cuitada de mí!

Sale ESPERANZA.

ESPER.—Dejad, mi señora, luego la impertinente labor.  
BEAT.—¿Ha venido tu señor?  
ESPER.—No estéis con tanto sosiego: al corredor, presto, presto, que pasa don Jorge.  
BEAT.—¡Ay, cielo!  
ESPER.—Poco a poco va, y recelo que a hablar enfrente se ha puesto.  
BEAT.—Ana, suelta la almohadilla: ven a ver mi caminante.  
ESPER.—Pues creo que en este instante llegó el otro de Sevilla.  
ANA.—Esta basquiña te mando si don Fernando ha venido.  
ESPER.—En albricias te la pido; que ya vino don Fernando.  
(Vanse, y queda Esperanza.)

Sale GALINDO, con fieltro y aderezo de camino.

GALIN.—No puedo dejar de entrar al pasar por vuestra puerta.  
ESPER.—Si no quieres verme muerta, no me llegues a abrazar.  
GALIN.—¿Ese melindrico ahora? ¿Para qué es ese turrón?  
ESPER.—¿Melindres son?  
GALIN.—Pues ¿qué son, desamorada señora?  
ESPER.—Temor de que el alegría no me cause algún desmayo.  
GALIN.—Ea, a pesar de mi sayo, échate aquí, percha mía.  
ESPER.—Bodavitos de Toledo.  
GALIN.—Como no traigo de allá.  
ESPER.—Si llego, ¿qué me dará?  
GALIN.—El alma, si el alma puedo.  
ESPER.—Cheriba yo algún regalo.  
GALIN.—¡Oh, qué graciosa cheriba!

Llega, que te haré una criba. mudanza de zambapalo.  
ESPER.—Ya te aborrezco, yo sé que algo nuevo me has traído.  
GALIN.—Un botinillo polido, que te repique en el pie; una valona de corte, y un hurraque toledano.  
ESPER.—¿Y qué hay en la corte, hermana?

GALIN.—¿Qué puede haber que te importe? Estáse Toledo allí, con su alcázar y sus puentes: paséanle pretendientes, que en la corte se usa ansí. Y en casa de los señores, lisonja, envidia y privanza; y anda la pobre esperanza en poder de corredores. Hay mil ricos ignorantes, y mil necios inocentes; perecen los inocentes, y gastan los ignorantes. Damas de guadamací, no tienen solo un real; las que son de más caudal, se escriben con el Sofí. Los pobres hacen retablo de sus duelos y pesar; no hay dinero que jugar, y juégase del vocablo. Hay poetas de romance, que parecen de latín, y hay vino de San Martín, que no hay seso que lo alcance.

Salen DOÑA BEATRIZ Y DOÑA ANA.

BEAT.—Por cierto, que va galán.  
ANA.—Bien parece de camino.  
BEAT.—¿Y que don Fernando vino?  
Luego aquí los dos están.  
GALIN.—También Galindo está aquí.  
BEAT.—En verdad que he de abrazarte.  
GALIN.—Las nuevas que puedo darte, ya puedes verlas en mí. Venimos aunque hemos hecho diligencia por llegar; que el Veinticuatro ha de estar aquí esta noche sospecho. Para no venir con él, no poco en Toledo hicimos; lo que adelante venimos, entramos primero que él. Pero, en fin, que llegará, sin que esta noche os habléis. Mirad, que alerta estéis.

BEAT.—Todo me persigue ya; que conjurados a una, aunque muerte no me dan, para mi desdicha están el amor y la fortuna. La nueva de su venida me ha de dar mayor pesar, que me pueda entonces dar la verdad de su partida. Ve, Galindo, y di que esté, por sí o por no, aquesta noche.

GALIN.—¿Piensas que ha venido en cola? La posta es peor que a pie. Déjanos ir a acostar; que traigo de un mal trotón, como rueda de salmón el arrabal circular. Si él se metiera en dibujos, paciencia; a verte vendremos después que untados estemos, y vendremos como brujos.  
BEAT.—Di que venga al fin del día para que nadie le note.  
GALIN.—¡Hi de puta, matalote, y qué espinazo tenía!  
BEAT.—En bronce mi pena estampo.  
GALIN.—¿Qué bien la llamaron cruz! No hubo posta hasta Adamuz, desde Almodóvar del Campo.  
ANA.—Dile, Galindo, a Fernando, que me dicen que es venido, que no mude de vestido hasta verme.

GALIN.—Voy volando. ¡Ah, rocín de Bercebú, cuál me tienes el rabel!  
BEAT.—No se puede hablar con él. ¿Qué le has preguntado tú?  
ESPER.—Lo mismo me ha dicho a mí.  
BEAT.—¡Ay, plegue a Dios que no sea! ¿Qué haré? ¿Quedaréme aquí, si me he de quedar helada?  
ESPER.—¡Ay, señora, mi señor!

Salen el VEINTICUATRO y Criados, de camino.

VEINT.—Nunca las almas de amor hallaron larga jarnada. Mi señora...  
BEAT.—Señor mío... ¡Y cuál he estado sin vos! ¡por Dios!  
VEINT.—Creo que lloráis, ¡por Dios!  
BEAT.—Será del alba el rocío, que tras la noche saldrá a anunciar que viene el sol.

VEINT.—En el pasado arrebol, prometió bonanza ya. Descanse yo en esos brazos.  
BEAT.—¿Cuál, señor, habéis venido?  
VEINT.—Del tiempo la culpa ha sido. Ana, dadme mil abrazos; que en mi vida he deseado ver mi casa como ahora. ¿Estáis muy buena, señora?  
BEAT.—Muy mala sin vos he estado.  
VEINT.—¿Cómo estará de otra suerte, mujer que lo quiere ser? Sali de Toledo ayer, y hoy, señora, llevo a verte.

Verdad es que no pudiera pasarías de otra manera con este justo cuidado; que no le tuve en mi vida. ¡Por Dios vivo!, como ahora.  
BEAT.—¿Y lo juráis?  
VEINT.—Sí, señora.  
BEAT.—¿Tanto de vos soy querida?  
VEINT.—Tanto, que todo el camino fuisteis mi imaginación; que en vuestra contemplación siempre asida el alma vino. Dios sabe que me debéis este ordinario cuidado.

BEAT.—Yo pienso que os he pagado, y aun pienso que me debéis.  
VEINT.—Mas vos me debéis a mí lo que presto cobraré, cuando el galardón os dé de lo que hicisteis por mí; que espero ver ocasión en que pagados quedemos, aunque la vida nos demos por mayor satisfacción. Pues, Ana, ¿en qué has entendido?  
ANA.—En mi ordinaria labor.  
BEAT.—¿Quieres descansar, señor?  
VEINT.—Este deseo he traído; que a fe que si no es aquí, no pudiera descansar.

BEAT.—Dennos luego de cenar.  
VEINT.—Y presto; que no comí, con el deseo de veros.  
BEAT.—Desde que os fuisteis de aquí, no ha habido contento en mí.  
VEINT.—No dudaré yo en creerlos; que sé de vuestro valor, virtud y recogimiento, que os debo gran sentimiento, si no os pagase mi amor.  
BEAT.—¿Habéis negociado a gusto?  
VEINT.—Dos negocios que tenía,



FERN.—¿Quién es, señora, esta dama?  
 BEAT.—Sobrina de mi marido.  
 FERN.—Buen talle tiene.  
 BEAT.—Escogido.  
 FERN.—Así doña Ana se llama:  
 pues sepa vuesa merced  
 que le soy muy servidor.  
 ANA.—Muy bien me debéis, señor,  
 hacerme tanta merced.  
 GALIN.—Y ella, prima, ¿no me habla?  
 ESPER.—Quitese allá.  
 GALIN.—¿Para qué  
 puntillos? Que la daré  
 coz que la deje sin habla.  
 ESPER.—¿Qué bien! ¿Gentil cortesía!  
 ¿Ya haces el fanfarrón?  
 GALIN.—Es esta mi condición.  
 ESPER.—Pues sepa que no es la mía.  
 GALIN.—Una prima, puedo yo  
 tratalla a mi gusto ya.  
 ESPER.—¿Yo prima? ¿De cuándo acá?  
 GALIN.—Luego ¿no?  
 ESPER.—No.  
 GALIN.—¿Lindo no!  
 Luego donde un amo honrado  
 tiene alguna prima honrada,  
 ¿no viene a ser la criada  
 la prima de su criado?  
 ESPER.—¿Extremada obligación!  
 GALIN.—¿Cómo te llamas? ¿Lucía?  
 ESPER.—No tengo nombre.  
 GALIN.—¿Porfía!  
 ¿Ea, prima de un ladrón!  
 Si eres Francisca, comienzo  
 cuatro efes que tendrás:  
 fria, fea y fiaca serás.  
 ESPER.—Mas qué, ¿te llamas Lorenzo?  
 GALIN.—Aquí traigo el sobrescrito.  
 ESPER.—No que cuatro eles tuvieras,  
 porque loco y ladrón fueras.  
 GALIN.—¿Y la cuarta?  
 ESPER.—Lacayito.  
 GALIN.—¿Vive Dios, que eres del potro,  
 aceituna cordobesa!  
 Toca, perra.  
 ESPER.—De hablar cesa.  
 GALIN.—Ea, esas burlas con otro.  
 JORGE.—¿Hay mayor desdicha que esta?  
 ¿Que hable con quien no quiero,  
 y que a Beatriz, por quien muero,  
 haga don Fernando fiesta!  
 FERN.—¿Hay suerte más inhumana?  
 ¿Que a Beatriz toque la mano,  
 y que don Jorge, mi hermano,  
 esté hablando con doña Ana!  
 JORGE.—Don Fernando...  
 FERN.—¿Qué hay?

JORGE.—Oid,  
 con licencia de mi prima.  
 BEAT.—¿Que así de un mirar se imprima  
 tan fiero amor!  
 JORGE.—Advertid...  
 BEAT.—Pues doña Ana, ¿qué os parece?  
 ¿No es don Jorge muy galán?  
 ANA.—Por don Fernando se van  
 los ojos que me enloquece.  
 BEAT.—Ya por concertado pase  
 tan desigual parecer:  
 ¡venturosa la mujer  
 que con don Jorge se case!  
 ANA.—¿Qué dicha se igualaría  
 a la que le quepa en suerte  
 don Fernando?  
 FERN.—Pues advierte  
 que doña Ana esté por mía:  
 y pues mi prima te agrada,  
 como me has encarecido,  
 dichosa elección ha sido.  
 JORGE.—¿No es perfecta?  
 FERN.—Es extremada.  
 JORGE.—Hete hecho levantar  
 porque vuelvas a sentarte,  
 hermano, en esa otra parte,  
 y yo en el mismo lugar.  
 Ya, señora, hemos hablado;  
 perdonad la grosería,  
 y más la que es propia mía,  
 el sentarme a vuestro lado.  
 BEAT.—Es ventura para mi,  
 tan cerca poderos ver:  
 podrá el alma responder,  
 que os tiene cerca de sí.  
 FERN.—Como mudé de lugar,  
 mudé también de ventura,  
 aunque de vuestra hermosura  
 temo que me he de abrasar.  
 ANA.—Antes pienso que os enfria,  
 según lo poco que os mueve.  
 FERN.—Pues seréis como la nieve,  
 que abrasa de puro fria.  
 ESPER.—De esta vez digo mi nombre.  
 GALIN.—¿Y es, en efecto?  
 ESPER.—Esperanza.  
 GALIN.—¿Cómo en la misma mudanza  
 quieres que la tenga el hombre?  
 ESPER.—Tenga de que soy fiel.  
 GALIN.—Serás, si no me he engañado,  
 esperanza de ahorcado,  
 que la tiene en el cordel.  
 ESPER.—Di tu nombre.  
 GALIN.—Ya me rindo,  
 por no ser altivo ingrato;  
 tiene el principio de gato,  
 todo lo demás es lindo.

ESPER.—Galindo te has de llamar.  
 GALIN.—Añade a servicio tuyo;  
 mas di, ¿por Dios!, ¿tienes ayo,  
 o puede el hombre hablar?  
 Mira que soy valentón,  
 como es a todos notorio,  
 y que traigo un locutorio  
 de monjas por guarnición;  
 y hoy he rompido a un mulato  
 cinco dientes y tres muelas.  
 ¿De declararte recelas?  
 ¿Qué te espantas?  
 ESPER.—Oye un rato.  
 GALIN.—¿Qué tengo de oírte, penca?  
 ESPER.—Hombre tengo a mi disgusto;  
 que por lo que toca al gusto,  
 por mi fe, que estoy mostrenca.  
 GALIN.—¿Es machucho o moscatel?  
 ESPER.—Brios de bellaco tiene.  
 GALIN.—Hágote voto solene,  
 que pueden doblar por él.  
 JORGE.—Prima, a quien el cielo ha puesto  
 con tan divino primor,  
 al instrumento os he puesto,  
 que admirándose el pintor,  
 rompió la estampa tan presto,  
 de cinco cuerdas, que son  
 sentidos del corazón,  
 y ella del alma los trastes;  
 pero de estos vos llevastes  
 los ecos de la razón.  
 No sé, prima, cómo ha sido  
 haberos puesto en la puente,  
 no por ser falso el sonido  
 de mis ojos, si en la frente  
 dice amor que voy perdido,  
 mas porque al honor disuena  
 una segunda de pena,  
 y una tercera de injuria,  
 que dando a la cuarta furia,  
 llega a la quinta la pena.  
 Ojos, manos, lengua, oídos,  
 harán cuerdas; mas ya tocas  
 de diferentes sonidos:  
 con tal primor, cuerdas locas,  
 ¿quién templará dos sentidos?  
 Pues en tan breve distancia,  
 es la menor disonancia  
 aventurar alma y vida;  
 pero de tu mano herida,  
 hará el niorir consonancia.  
 Será cisne un instrumento,  
 cantando en la muerte ufano,  
 si canta mi atrevimiento,  
 porque tal prima y tal mano,  
 harán un divino acento.  
 Romped mi vihuela en mí,

que el mismo cielo la estima  
 y la toca desde allí.  
 BEAT.—Por armonía tan alta  
 yo no sabré responder,  
 pero suplirá el querer  
 de la respuesta la falta.  
 Contentaos con esto, y ved  
 que es tarde, aunque para mí...  
 JORGE.—Dejadlo estar, prima, así;  
 a vuestro asiento os volved.  
 ¡Holá! Apercibí esa gente.  
 ¿Qué nos mandáis?  
 FERN.—¿Bueno voy!  
 doña Ana, palabra os doy  
 de amaros eternamente.  
 JORGE.—Sepa yo de don Fernando,  
 prima, nuevas cada día.  
 BEAT.—Ni ya tenerlas querría,  
 ni pienso estarle aguardando.  
 ANA.—Vos veréis por la ciudad  
 cosas que más gusto os den.  
 FERN.—¿Mal fuego me abraza, amén,  
 si a otra dé mi voluntad!  
 GALIN.—Esperanza, adiós.  
 ESPER.—Adiós.  
 GALIN.—Lo dicho, dicho.  
 ESPER.—Está bien.  
 GALIN.—¿Querrásme?  
 ESPER.—Sí.  
 GALIN.—¿Bien?  
 ESPER.—Muy bien.  
 GALIN.—¿Esta noche?  
 ESPER.—Sí, a las dos.  
 (Vanse.)

Salen el REY DON FERNANDO y Caballeros.

REY.—Si esto es así, no es justo dete-  
 [nerme;  
 haced que esté aprestada la partida:  
 Ecija me perdona, Jaén y Córdoba,  
 que me llama Toledo muy aprisa,  
 y las palabras de esta dulce carta.  
 CONDE.—Toda esta tierra siente tu par-  
 [tida,  
 desde Genil al Betis que cubren,  
 en vez de luto, de espadañas y árboles;  
 pero Castilla, de tus plantas huérfana,  
 también invicto Rey, te llama a voces.  
 GARCIL.—No niegues este bien a quien te  
 y a tu leal Castilla, que desea [llama,  
 verte triunfar, como a su Octavio Ro-  
 [ma,  
 después de tantas guerras y conquis-  
 [tas:

con mayores sacrificios.  
Basta ya; lo dicho creo:  
id libres, porque esta vez  
pague escuchando el juez  
lo que ha condenado el reo.  
FERN.—; Pluguiera a Dios que sin hablar  
[pudiera  
quejarme y ser de todos entendido!  
Pero si al alma van por el oído,  
oye la causa de mi mal siquiera.  
Fuerza es partir, que voluntad no fue-  
[ra:  
así lo quiso hacer quien no ha querido,  
que si querido hubiera, hubiera sido,  
no duro mármol, sino blanda cera.  
Voy a Sevilla, porque un mismo río  
las lágrimas de entrambos lleve y vuel-  
[va,  
creciendo el mar que ensancha el mar.  
[gen frío.  
Mas primero que el curso el sol resuel-  
verás el fénix de tu fuego y mío [va,  
vivir cuando la muerte le resuelva.  
ESPER.—Y yo, ¿qué diré de ti,  
Galindo ingrato y cruel?  
Triste rostro tienes: dél  
más que quisiera entendí.  
¿Hate el obispo mandado  
ir a Granada o Valencia?  
¿Es general la sentencia  
para el señor y el criado?  
¿Vaste o quedaste? Responde;  
que en ir o quedar consiste  
vida alegre o muerte triste;  
y si te vas, dime adónde.  
GALIN.—; Pluguiera a Dios que sin ha-  
[blar me oyeras  
con tácito silencio estas razones,  
y antes que hablara, fieros tiburones  
me sepultaran en sus panzas fieras!  
Pero pues mi silencio vituperas,  
denme en invierno cámaras, melones,  
y en verano, las aguas sabañones,  
si por mi voluntad partir me vieras.  
Voy a Toledo a ver el artificio,  
no digo el de Juanelo, que es aguado;  
mira cuál voy por ti, sirva de indicio.  
Si no es de San Martín, puro y de vino;  
que así siete aguas pasará cuitado,  
llevando fuera el agua y dentro el vino.  
BEAT.—Este anillo, Jorge, os doy  
por prenda de esta partida:  
guardadle como la vida  
si sois mío y vuestra soy.  
Y pues a negocios vais,  
que presto volver podéis,

si os detenéis me hallaréis  
ya muerta cuando volváis.  
JORGE.—Guardaré el anillo en prenda  
de la partida y la fe:  
cuando a otra mano le dé,  
este de alquitrán se prenda.  
Será mi consuelo solo  
en esta ausencia.  
ANA.— Fernando,  
esta cinta os doy.  
FERN.— Mirando  
estoy en su lumbre Apolo.  
Tendrame de los cabellos  
con los suyos soberanos,  
que es trenza de vuestras manos,  
y hecha de reliquias de ellos.  
ESPER.—Toma esta toquilla riza,  
Galindo.  
GALIN.— ¿Enredos me das?  
ESPER.—Y entra adentro y llevarás  
seis varas de longaniza.  
GALIN.—; Ay favores de mi pecho!  
¿Cuándo os veré dentro de él?  
JORGE.—Cese ese llanto cruel,  
que no es, mi bien, de provecho.  
Adiós.  
BEAT.—Qué, ¿ya os vais?  
JORGE.— Con vos  
queda el alma.  
FERN.— Adiós, doña Ana.  
ANA.—Adiós.  
GALIN.— Mi Esperanza enana,  
adiós.  
ESPER.—Mi lacayo, adiós.  
(Vanse todos.)  
Salen el REY, GARCILASO y el CONDE DE  
PALMA.  
CONDE.—Mejor se duerme aquí que en la  
[campana,  
en pobres tiendas con angostos catres.  
GARCIL.—Por esta paz no es mucho, ilus-  
[tre España,  
que a tu Fernando adores e idolatres.  
CONDE.—¿Qué dicen, Garcilaso, de tu ha-  
[zaña  
tus vasallos y villas, Cuerva y Batres?  
GARCIL.—Fiestas han hecho al rótulo di-  
[vino;  
que yo por mí no soy de fiestas dino,  
Mejor pudiera Palma estar gozosa,  
Conde, de ver en vos tan gran soldado,  
y que en esta conquista religiosa  
tan heroico valor habéis mostrado.  
CONDE.—Grande es esta ciudad, y popu-  
[losa.

GARCIL.—Es fuerte asiento de cristiano  
de los Reyes Católicos es cima festado,  
do España tiene su corona encima.  
; Oh famoso Toledo, el cielo quiera  
que alguna de mis vegas te eternice!  
CONDE.—Paréceme que el Rey sale acá  
[fuera.  
Salen el REY DON FERNANDO y dos EMBAJA-  
DORES.  
REY.—Justo es que así se asiente y so-  
[lemnice,  
y puesto, Embajadores, que quisiera  
hacer en eso lo que el Duque dice,  
desta suerte es lo mismo.  
EMBAJ. 1.º— De tu gusto  
no espera el Duque más de lo que es  
[justo.  
REY.—Yo pienso que será gran bien de  
[España  
dar al duque Filipo de Austria, insigne,  
mi hija doña Juana.  
EMBAJ. 2.º— No se engaña  
tu Majestad cuando a ese bien se in-  
[cline;  
que de tales virtudes se acompaña,  
que no hay hombre que de ellas no adi-  
vine  
que Dios le guarda para cosas grandes:  
así lo dicen Austria, España y Flandes.  
EMBAJ. 1.º—Es ángel en el rostro, que pu-  
[diera  
hacer temblar a Apeles y a Lisipo;  
su discreción y gracia tan severa,  
a la de Numa y César anticipo.  
REY.—Pues alto: tenga España, y Dios  
[lo quiera,  
cual Grecia y Macedonia, otro Filipo,  
que dé Filipo en Castilla tales,  
que ganen mundos a Alejandro igua-  
[les;  
que un Carlo dicen que le espera a Es-  
[paña,  
y otro Filipo que con nuevos mundos  
verán los que la aurora en perlas baña,  
tocando los Antípodas profundos.  
EMBAJ. 2.º—Si es ciencia y experiencia,  
[no me engaña:  
Filipo y Alejandro, sin segundos,  
de los Filipo que hoy Austria te envía.  
REY.—Serán soles de España y honra  
[mía.  
Yo sé que mi Isabel está contenta,  
y la princesa lo estará, ¿quién duda?  
EMBAJ. 1.º—A Rey que así la fe y la glo-  
[ria aumenta,

bien es que el cielo francamente acu-  
[da:  
que ya por Alemania y Flandes cuenta  
la fama noble y la verdad desnuda,  
lo que has hecho en España, illustre go-  
que has dado glorioso fin a todo. [do,  
Has hecho la hermandad, y desterrado  
la cizaña que dice el Evangelio,  
y su rito judaico reprobado,  
en el tiempo que ha visto el pastor De-  
encumbrar a un ingenio delicado, [lio  
mayor que de Trajano o Marco Aure-  
[tito  
dando a los moros fin, y al gran cas-  
[tigo  
que Dios a España dio por don Rodri-  
[go.  
Y ahora, en este felice casamiento  
has mostrado tu pecho tan glorioso,  
digno de fama y de inmortal asiento,  
y de igualar el número famoso.  
REY.—Partid, Embajadores, al momento;  
que para el tiempo ya será forzoso.  
EMBAJ. 2.º—Guárdate el cielo, y tan di-  
[choso seas,  
que en tus columnas el Plus ultra veas.  
(Vanse los Embajadores.)  
REY.—Acertado negocio me parece  
este que voy, amigos, procurando.  
GARCIL.—El cielo, gran señor, te favorece,  
tus arbitrios famosos esforzando.  
REY.—Gran príncipe en el Duque se me  
[ofrece.  
PAJE.—Aquí está el Veinticuatro don Fer-  
[nando.  
REY.—Entre, no le detengas, y cualquiera  
que ahora negociar conmigo quiera.  
Sale el VEINTICUATRO.  
VEINT.—A despedirme de ti,  
ya que despachado estoy,  
vengo por partirme hoy,  
con tu licencia, de aquí;  
dadme, gran señor, los pies.  
REY.—Córdoba, pídemme más.  
VEINT.—Por las honras que la das  
te pido que me los des.  
Está Córdoba tan loca,  
que hoy para tus pies, señor,  
todo cuanto es su valor  
ha puesto en mi humilde boca.  
No sé yo si la gran madre  
España tal hija tiene,  
y más ahora que viene  
a amarla tanto su padre.  
; Plega al cielo, Rey invito,

¡Ay, honra, veisime aquí ya en vuestro teatro puesto, como todo hombre lo está; que nacimos para esto, desde que Dios ser nos da! Uno representa el Papa con su pontificia capa, otro el Rey con su corona, otro su misma persona, que su puesto ocupa y tapa; otro con él corresponde, es duque, y menos que él, este, marqués, y aquel, conde, y otro le sirve y responde, porque aquel se sirve de él; tal es, y un hombre ciego, oficial y ciudadano, tal pone el pueblo en sosiego con vara o pluma en la mano, y honor representa luego. Y mirad lo que le plugo al cielo en darme este yugo; que entre las figuras todas, la honra, autor de mis bodas, me vino a dar el verdugo. ¡Ea, desnuda la espada, no te mueva compasión!

RODR.—Entra, que si entra manchada de afrenta y mala opinion, saldrá con sangre lavada.

VEINT.—¡Infame y traidor amigo, ya te viene a dar castigo el cielo! Vente tras mí.

JORGE.—¿Qué es de mi espada? ¡Ay de

VEINT.—Toma esa puerta, Rodrigo. ¡Mí!

(Entra el Veinticuatro con la espada desnuda.)

Salen DON JORGE en camisa, con una ropa de levantar, y el VEINTICUATRO tras él, y éntanse.

JORGE.—Dios castiga mis pecados.

VEINT.—¡Muere, traidor!

JORGE.— ¡Justa ley!

FERN.—¿Que el Veinticuatro ha llegado?

JORGE.—"Domine, memento mei!"

ANA.—¿Por dónde, señor, ha entrado?

VEINT.—¡Ea, traidores, villanos!

ANA. ¡Señor!... ¡Tío!...

VEINT.— Cuentos vanos.

ANA.—¡Muerta soy!

FERN.— ¡Y yo también!

Salen el VEINTICUATRO, DOÑA BEATRIZ Y RODRIGO.

BEAT.—Tened la espada, mi bien.

VEINT.—Mi mal cortarán las manos.

RODR.—Desmayóse.

VEINT.— No la mates; quiero que sienta la muerte, aunque su muerte dilates.

(Dicen dentro Galindo y Esperanza.)

ESPER.—Aquí puedes esconderte. ¡Animo!

GALIN.— De esto no trates. ¡Santa Bárbara, San Blas!

ESPER.—Métete bien en la estera.

VEINT.—Entra, y cuanto hallares, ¡mue-

GALIN.—¿Veisime algo por detrás? ¡Ira!

ESPER.—Salte, Galindo, acá fuera.

(Entranse el Veinticuatro y Rodrigo.)

Salen GALINDO y ESPERANZA, cada uno metido en su estera.

GALIN.—¿Dónde iremos? ¡Ay de mí!

RODR.—Aquí está Medrano.

VEINT.— ¡Dale!

RODR.—Jorgillo, el negro está aquí.

VEINT.—Aunque el ser negro le vale, Jorge es blanco para mí.

RODR.—¿Morirán las dueñas?

VEINT.— ¡Dalas!

GALIN.—Todo ya arreo, sin duda.

ESPER.—Cerrado han cuadras y salas.

GALIN.—¿Quién fuera hormiga o aluda, porque me nacieran alas!

ESPER.—¿Sabes el "Anima Christe"?

GALIN.—Supuesto que la supiera, se me olvidara.

ESPER.— Resiste este temor.

GALIN.— Si pudiera; pero ya es muy tarde. ¡ay triste!

¿Quién fue aquel desvergonzado que me hizo amante tierno, siendo un roble mal cortado?

¿Quién me hizo suelo de invierno, que tan presto me ha esterado?

¡No estuviera yo en Argel, y no en púpito de estera!

RODR.—Aquí está Celia.

VEINT.— ¡Esa, muera!

GALIN.—Nadie perdona el cruel.

VEINT.—Salgamos, Rodrigo, fuera.

RODR.—No queda viva persona.

VEINT.—Basta que maté la mona, porque ya me parecía que de corrido salía.

GALIN.—¿Que aun la mona no perdona!

¿Qué hará de mí, que es lo mismo?

VEINT.—¿No ha vuelto aquesa mujer del desmayo o parasismo?

RODR.—Ya se comienza a mover.

VEINT.—¿No hay más fuego en el abis- [mo!]

¿Quién suena?

RODR.— Es el papagayo.

VEINT.—Pues ¿este dejaste vivo? ¡Vele a matar como un rayo!

RODR.—Llámame perro cautivo.

GALIN.—¿Qué harán del pobre lacayo?

VEINT.—¡Mátale, que a todo estubo presente, y su hablar detuvo; y pues lo supo, y confieso que no me dijo el suceso, señal es que culpa tuvo!

RODR.—Ya es muerto.

VEINT.— Bien muerto está.

GALIN.—¡San Nicodemus, San Quirce, San Remigio!...

VEINT.— Escucha acá: ¿quién reza?

RODR.— ¡Oh, bellaca Circe, Esperanza!

VEINT.— No lo es ya.

RODR.—Los dos para en uno son. Este es vuestro galardón: ¡muera el infame villano!

VEINT.—¿Qué esteras para el verano!

BEAT.—¡Ah, señor!...

VEINT.— ¡Dime, león; dime, furia; dime, fuego!

BEAT.—No estéis, mi señor, tan ciego: conozco que os he ofendido.

VEINT.—¿Qué pides?

BEAT.— Confesión pido.

VEINT.—Pues entra: confiesa luego.

Salen el REY, GARCILASO y el CONDE.

GARCIL.—Ya el Duque serenísimo se [acerca, y ya le aguarda la dichosa España, como a quien ha de ser amparo suyo.

CONDE.—Notables fiestas las ciudades ha- [cen: ¡qué levantados arcos aperciben!

GARCIL.—Muéstranse Barcelona y Zara- [goza con el aplauso y triunfo que a los Cé- [sares pudiera Roma, en los dorados siglos que se llamó cabeza de la tierra.

CONDE.—No queda atrás nuestra impe- [rial Toledo, que con tantas pirámides y estatuas, cubriendo va las plazas principales y los famosos lienzos de su iglesia.

GARCIL.—Nuestra España su bien mues- [tra, su aumento, con heredero de tan alto príncipe, que si es posible, su grandeza iguala.

REY.—De esta elección, famosos caba- [lleros, espera un grande bien nuestra corona, y no menos ventura para España; y así es razón que su venida muestre agradecido rostro y alegría. Este será quien la defienda y guarde del africano moro y fiero bárbaro, del turco de Asia y del cristiano após- [tata: yo, luego que mi hija doña Juana, de España serenísima princesa, quede en la posesión con el Gran Du- [que, pienso partirme a mi querida Napoles, honra de mis empresas y conquistas, por el Gran Capitán, honor de Córdo-

CONDE.—Luego, ¿dejas a España? [ba.

REY.— No la dejo, pues que la doy tal príncipe en Filipino.

PAJE.—Aquí está, gran señor, don Diego [de Haro.

Sale DON DIEGO.

DIEGO.—Beso, señor, los pies de tu gran- [deza. REY.—Pues, don Diego, ¿qué hay?

DIEGO.— Vengo a avisarte de que don Juan, mi hermano, muerto [queda, doña Constanza de Haro, mi sobrina, debajo de tu amparo y esperanza: licencia tuya y que a Vizcaya vuelva.

REY.—Pésame de perder tal caballero; pero doña Constanza no se parta sin que primero yo la vea, don Diego; que tengo obligaciones a su padre, y quedo en su lugar para sus hijos.

PAJE.—Aquí está el Veinticuatro.

REY.— ¿Quién? ¿Fernando?

PAJE.—Gran señor, el de Córdoba.

REY.— Pues entre. Holgaréme de velle.

VEINT.— ¡Oh, claro Príncipe, que el mundo tiene ya lleno de histo- [rias! Dame esos pies.

ESPER.— ¿Qué don Jorge?  
¿Qué sirve que enredos forje  
tu entendimiento abatido?  
RODR.— ¿Galán es de mi señora?  
Ya sé todo lo que pasa,  
y que el honor de esta casa,  
por que le destierran llora;  
ya sé que el noble blasón  
que en esas puertas están  
publica la infamia ya  
de su total destrucción.  
ESPER.— Habla bien.

RODR.— ¡Ay Esperanza!  
ESPER.— Que es doña Beatriz mujer,  
y en ella quieres poner  
ordinaria semejanza.  
RODR.— Déjate de eso: yo estuve  
la otra noche puesto en vela,  
hecho del sol centinela,  
que cubre la infame nube;  
y oí lo que le decía  
don Jorge a esa vil mujer;  
mas no importara, a no ver  
lo que ella le respondía;  
sé también lo que trató  
don Fernando con doña Ana,  
y aun tengo por cosa llana  
que si quiso la gozó.  
ESPER.— En eso mientes.

RODR.— Yo miento;  
pero no me negarás  
que a este son ballado has  
con el lacayo instrumento;  
de aquí nace que, como ellas  
los quieren bien, ames tú  
a quien los sirve.

ESPER.— ¡Jesú,  
qué de cosas atropellas!  
No falta sino que digas  
que la mona y papagayo  
andan de amor...

RODR.— ¡Que a un lacayo  
toda mi esperanza obligas!

Salen GALINDO.

GALIN.— Al eco del nombre mío,  
que dice lacayo, cayo;  
¡y por vida de mi sayo,  
que no di golpe en vacío!  
¡Pasito, que di en la red!  
RODR.— ¿Este es tu bravo?  
GALIN.— ¡Oh, qué lindo!  
RODR.— ¿Qué manda el señor Galindo?  
GALIN.— Servir a vuestra merced:  
cierto recado traía,  
y hanme dado mi recado.

Si está voarced ocupado,  
podréle dar otro día.  
ESPER.— Dádmele, señor, a mí,  
GALIN.— A vos, sí.  
ESPER.— Decid.  
GALIN.— Aparte.  
RODR.— ¿Es secreto?  
GALIN.— Sí. ¿Puedo hablarte?  
ESPER.— Sí.  
GALIN.— Pues escúchame.  
ESPER.— Di.  
GALIN.— Falsa, inconstante, traidora,  
fácil, liviana, sutil,  
¿con un esclavo tan vil  
te estás regalando ahora?  
Adiós.

ESPER.— Calla, que es un loco.  
GALIN.— Pues ¿qué es lo que te decía?  
ESPER.— Celos de ti me pedía.  
GALIN.— ¿Eso es poco?  
ESPER.— ¿Qué más poco?  
GALIN.— ¿Que están detrás escuchando?  
RODR.— Oyendo mi mal estoy.  
GALIN.— Diciendo el recado voy.  
de don Jorge y don Fernando.

ESPER.— ¿Qué quieren?  
GALIN.— Venir acá.  
ESPER.— Pues ve, y di que vengan.  
GALIN.— Voy.

RODR.— Ahora por darte estoy,  
perra esclava...  
ESPER.— Tente allá.  
RODR.— ¡Vive Dios! ¡Si no mirara  
lo que yo sé, que te había...!  
Mas no importa; que algún día  
te saldrá todo a la cara.  
No quiero llorar mi mal,  
pues se ofrece otro mayor;  
que el honor de mi señor  
no tiene en el mundo igual.  
¡Ah traidores!

ESPER.— ¡Calla, perro!  
Que te costará...

RODR.— Sí haré;  
por mi señor callaré,  
que en decillo cobro el yerro;  
mas ¡plegue al cielo que el suyo  
no desagравie algún día  
su honor, que la afrenta mía  
es libre y no tiene cuyo!  
Ser esclavo me contenta,  
de mi bajeza me alabo;  
que en ser afrenta de esclavo,  
viene a ser libre de afrenta;  
mas tú verás.

ESPER.— Ya te digo  
que cierres ojos y boca.

RODR.— ¡Ah señora necia y loca,  
tu entendimiento maldigo!  
Eso sí, di al mar furioso  
que no breme y se reduzca  
a un punto, que no produzca  
la tierra al tiempo forzoso:  
di que el aire no sustente,  
queme el fuego, el sol se pare,  
lo por venir se declare,  
lo pasado esté presente;  
pide a un amante firmeza,  
pide a un celoso placer,  
y di que en una mujer  
falte mudanza y flaqueza.

Salen DOÑA ANA y DOÑA BEATRIZ.

BEAT.— Por asegurar, sin duda,  
no han vuelto a vernos, doña Ana.  
ANA.— No fue mi esperanza vana;  
que todo, el tiempo lo muda.

Estabas muy afligida  
viendo al Veinticuatro aquí;  
dolióse el tiempo de ti,  
y dio a tus recelos vida.  
Vive alegre, imaginando  
que todo se ha de hacer bien.

BEAT.— Qué, ¿quieres mucho también,  
por tu vida, a don Fernando?

ANA.— En ausencia de mi tío  
lo que le quiero verás.

BEAT.— No le puedes querer más  
que yo al dulce primo mío.

Estoy loca de contenta,  
ciega de hacerle favor;  
que sobre la sangre, amor,  
como oro en azul asienta.

Mucho tiene negociado  
la sangre cuando amor llega;  
la sangre me incita y ciega,  
mucho ha de ser mi cuidado.

Mas ¡mira qué dulce vida  
del Veinticuatro en ausencia  
esperar la resistencia  
de la libertad perdida!

¡Qué dulces horas! ¡Qué días!  
¡Qué noches tan venturosas!

¡Alargaos, horas dichosas!  
¡Deteneos, lágrimas mías!

¡Ay, qué enamorada estoy!  
¡Ay sangre! ¡Ay amor! ¡Ay fuego!

ANA.— Un ciego sigue a otro ciego;  
¡ay de mí, qué triste voy!

Pero pensando en el bien,  
comunicado mayor,  
pierdo el respeto al honor,  
y aun al peligro también.

Holguémonos, pues quedamos  
solos, que no hay qué temer.

BEAT.— ¿Qué tormento puede ser  
igual al bien que gozamos?

¡Ay amiga! ¿No has oído  
entrar caballos en casa?

ANA.— Alguien que la calle pasa,  
en casa te ha parecido.

BEAT.— Ve volando, Esperancilla;  
que yo sé que no me engaño.

Salen DON JORGE, DON FERNANDO y GALINDO,  
con botas de camino.

ANA.— ¡Oh, qué espectáculo extraño!  
BEAT.— ¿Qué te admira y maravilla?

¡Jesús, espuelas y botas!  
¿Cómo es eso? ¡Ay pensamiento!

Sin duda que por el viento  
van mis esperanzas rotas;  
sin duda que no merecen  
mis locuras otro pago,

sino el miserable estrago  
que mis sentidos padecen;  
sin duda que ya no dudo  
que viene cerca mi muerte,

pues pintan de aquesta suerte  
al tiempo ligero y mudo;  
sin duda que, pues dudáis,  
que es todo mi bien perdido.

Habladme, querido primo:  
¿no respondéis? ¿no me habláis?

JORGE.— Responda el alma si de ti parti-  
[da

puede decir que tiene vida el alma,  
que mientras su paciencia tiene en  
[calma,

aun con ser inmortal no tiene vida.  
Hoy el tirano autor de mi partida,  
de la vida del alma me desalma,  
por más que al paso resistió la palma

de mi firmeza, a tu esperanza asida.  
Voy a Toledo, porque así lo quiere,  
siendo el que quiero yo: voy a Toledo,  
que una hora apenas el partir difiere.

Mas ¿cómo voy, si en Córdoba me  
[quedo,

y cuando parte el alma, el cuerpo muer-  
[re;

que partir y quedar tampoco puede?

ANA.— Y si por la confesión  
de Jorge, a quien dan tormento,  
no negáis al que yo siento,  
por ser la misma ocasión.

Traéis los propios indicios,  
hasta el silencio traéis;  
no hablo, que me mataréis

propuse al Rey en un día,  
uno justo y otro injusto;  
y era de Córdoba el uno,  
y el otro mío, y de honor.  
BEAT.—Como el Rey os tiene amor,  
no habrá negado ninguno.  
VEINT.—Que no hay condición igual,  
ni voluntad sin desdén;  
el de Córdoba hizo bien.  
BEAT.—Y el vuestro?  
VEINT.—En extremo mal.  
BEAT.—No me hiciera reina Dios,  
que a fe que estuviera hecho!  
VEINT.—Por mi vida, que sospecho  
y negociar mejor con vos!  
Cierta cosa, hacienda suya,  
me ha mandado averiguar:  
por él la vengo a cobrar,  
que es bien que la restituya.  
Personas a quien yo la di,  
quiere que a mí me la dé;  
yo digo que lo sabré,  
y haré lo que fuere en mí.  
Vamos adentro, y de todo  
os daré esta noche cuenta.  
¡Ah lengua! ¿No estáis contenta?  
BEAT.—Pues todo se hará de modo;  
que hacienda de rey, señor,  
¿cómo se puede encubrir?  
VEINT.—Casi lo voy a decir:  
mi lengua tiene el honor.  
(Vase.)  
BEAT.—Hermana, si Jorge viene,  
dile todo lo que pasa,  
y que el dueño de esta casa,  
el cuerpo, el alma no tiene.  
(Vanse.)  
Salen DON LUIS y DON JUAN.  
LUIS.—Con este comedimiento,  
páreceme que obligara  
a quien me diera en la cara  
tan escrito el pensamiento.  
Ya he propuesto las razones  
que tengo, señor don Juan.  
JUAN.—Todas ellas no me dan  
bastantes satisfacciones.  
Decirme vuestra merced  
que en esta casa no entre,  
y decir que no me encuentre,  
que en esto me hará merced,  
que no me da lugar a mí,  
para, haciéndolo, quedar  
en el honrado lugar  
que hasta ahora pretendí:  
que no puede el que es honrado

retirarse de ese modo.  
LUIS.—Siéndolo yo, queda todo,  
como es razón, acabado.  
No lo he pedido con fieros,  
sino con la cortesía  
de obligación vuestra y mía,  
y el honor a caballeros.  
Si ese es vuestro pensamiento,  
a lo que os ponéis mirad.  
JUAN.—¿Ello va a decir verdad?  
LUIS.—Sí.  
JUAN.—Pues ello es casamiento.  
LUIS.—No será mientras yo viva:  
Poned a la espada mano.  
JUAN.—Que me place.  
LUIS.—Pues en vano,  
vuestro pensamiento estriba.  
(Entranse acuchillando.)  
Sale Don Jorge, haciendo que mete mano y  
no puede.  
JORGE.—Don Luis ríe: tiempo es este  
de mostralle... ¡Ah, fiera espada!  
¿Ahora estáis apretada?  
¿Quieres que el honor me cueste?  
Acuchillándose van  
sin que sacalla pudiese.  
Sale DON FERNANDO.  
FERN.—¿Qué ruido, hermano, es ese?  
JORGE.—Con llaves, sin duda, están  
las espadas desde el día  
que salimos de Granada.  
FERN.—Del camino está tomada,  
que este orín la humedad cria.  
Ya salió; válgate, pues...  
que otra cosa iba a decir!  
JORGE.—¿Por Dios, gentil despartir  
este don Santelmo es!  
FERN.—¿Cómo así?  
JORGE.—Pero no iré,  
que es después de la tormenta.  
La cólera me revienta.  
FERN.—Decidme ya lo que fue.  
JORGE.—Por quebralla estoy, ¡por Dios!  
En esta piedra.  
FERN.—Estad quedo.  
JORGE.—Riñó don Luis.  
FERN.—Ya no puedo  
disculparos.  
JORGE.—Ni yo a vos.  
¿Qué cosa tan vergonzosa!  
No me atraveséis la espada.  
FERN.—Qué, ¿tanto estaba apretada?

JORGE.—En mi vida vi tal cosa.  
Mirad qué será de mí.  
FERN.—Consolaos con lo que ahora  
me ha sucedido.  
JORGE.—En buena hora,  
decid lo que es.  
FERN.—Pasa así.  
JORGE.—¿Es muy largo el cuento?  
FERN.—No.  
JORGE.—Porque si es muy largo, os dejo.  
FERN.—Mirádomelo en el espejo,  
en cuatro partes se abrió.  
JORGE.—Debisteis de aojar  
si tan lindo os parecisteis.  
¿Quebró el cristal en que os visteis?  
Una higa haced comprar.  
FERN.—No he tenido mal agüero  
desde el día en que nací.  
JORGE.—Peor me sucedió a mí,  
haciendo mal al overo;  
que el freno se me quedó  
con las riendas, en la mano.  
FERN.—Esta noche toda, hermano,  
un mal sueño me espantó.  
JORGE.—¿Como sueño? ¡Por Dios juro  
que esta noche un grito oí,  
que estuve una hora sin mí,  
viendo el aposento oscuro!  
Pues un perro, allá en la calle,  
¡qué aullidos daba y aprisa!  
FERN.—Vámanos, don Jorge, a misa.  
JORGE.—Galindo...  
FERN.—No hay que llamalle.  
JORGE.—¿Dónde está el picaro?  
FERN.—Habrá  
visitado sus ermitas.  
JORGE.—Debemos cuatro visitas,  
y come el Obispo ya.  
Mas no perdamos la misa  
por estos malos agüeros.  
Sale MEDRANO.  
MEDRA.—¿Dónde bueno, caballeros?  
JORGE.—¿Medrano con tanta prisa?  
MEDRA.—El Veinticuatro os suplica,  
y mi señora también,  
comáis con ellos.  
JORGE.—¿Qué bien  
a mis tristezas se aplica!  
Deja la misa, Fernando,  
no hagamos esperar.  
FERN.—Voy a comer y mirar.  
JORGE.—Y yo a desear mirando.  
(Vanse.)

Salen el VEINTICUATRO y RODRIGO.  
VEINT.—Di la verdad de todo.  
RODR.—Señor mío,  
en tu casa nací, tú me has criado,  
tuyo es mi ser.  
VEINT.—Hechizo de mi vida,  
dame esos brazos, dámelos mil veces!  
Hijo, ¿qué haré?  
RODR.—Señor, que ahora es tiempo  
de cobrar el honor que te han quitado.  
VEINT.—¿Que, en efecto, perdí mi honor,  
Rodrigo?  
RODR.—Señor, no le ha perdido quien le  
[cobra:  
¿un mentis no se cobra por el duelo,  
por dar de palos, y esos con la muerte?  
Pues también la rompida fe se niega  
por dar la muerte a los que son culpa-  
VEINT.—¿Sabes qué es honra? [dos.  
RODR.—Sé que es una cosa  
que la tiene el hombre.  
VEINT.—Bien has dicho:  
honra es aquella que consiste en otro:  
ningún hombre es honrado por si mis-  
mo, [mo,  
que del otro recibe la honra un hom-  
[bre;  
ser virtuoso hombre y tener méritos,  
no es ser honrado; pero dar las causas  
para que los que tratan les den honra.  
El que quita la gorra cuando pasa  
el amigo o mayor, le da la honra;  
el que le da su lado, el que le asienta  
en el lugar mayor; de donde es cierto  
que la honra está en otro y no en el  
[mismo.  
Mas ¿para qué me pongo en referirte  
lo que es honor? Sin duda que estoy  
[loco;  
mas presumo, Rodrigo, que lo hago  
por dilatar lo que saber deseo,  
que aunque deseo saberlo lo dilato,  
porque hasta que lo sepa, aún honra  
[tengo.  
RODR.—Bien dices que consiste la honra  
[en otro,  
porque si tu mujer no la tuviera,  
no pudiera quitártela; de suerte  
que no la tienes tú: quien te la quita.  
VEINT.—¡Ay, honra, al fin sofística in-  
[ventora  
de tantas ceremonias y locuras!  
Acertó quien te puso las coronas  
de los Césares altos y sus triunfos,  
en el noble laurel, mortal y lírico,  
en la fama inmortal, en los trofeos,

que al mismo cielo corona,  
que hasta la tórrida zona  
llegue tu español distrito;  
y que a tu yugo y coyundas  
venga humilde Scita helado;  
y en su pecho no domado  
las leyes de Cristo infundas!  
Que en cuantos reyes el cielo  
ha dado al suelo, te pinto  
más heroico por ser quinto,  
que es quinto que lleva el suelo.  
PAJE.—Don Jorge está aquí, sobrino  
de don Francisco Soliel,  
de Córdoba obispo.  
VEINT.— Y él,  
por sí, de tus manos dino.  
Que es un gallardo soldado  
y un mancebo virtuoso,  
y trae en su rostro hermoso  
ejecutoria de honrado.  
REY.—Ya le conozco, Fernando:  
poco ha que encomendé  
a él y a su hermano, y lo sé.  
VEINT.—Justamente.  
REY.—

Que entre os mando.

Sale DON JORGE.

JORGE.—Dame, gran señor, la mano,  
y aquesta carta recibe.  
(Tomará el Rey la carta y esta-  
rá con mucha atención, con ella  
en la mano, mirando el anillo que  
Don Jorge trae.)

VEINT.—No hay rapaz en cuanto vive,  
más galán y cortesano.  
Es primo de mi mujer.

GARCIL.—Es digno de todo honor.

JORGE.—¿Qué estáis mirando, señor?

REY.—Recibo en verte placer.

Alzate; leeré la carta.

VEINT.—Llégate, don Jorge, acá.

JORGE.—Si aquí tal padrino está,  
yo fio que presto parta,  
y que irá bien despachado.

VEINT.—¿Cómo el Obispo quedó?

JORGE.—Bueno.

VEINT.—¿Viste a Beatriz?

JORGE.—

No;

que anduve muy ocupado.

VEINT.—Mal lo hicistes.

JORGE.— Fue imposible.

Y su gran recogimiento  
impidió mi buen intento.

VEINT.—Es, de encogida, terrible.

Yo aseguro que está ya

puesta entre cuatro paredes.

JORGE.—Pues eso creerlo puedes:  
recogidísima está.

REY.—Veinticuatro.

VEINT.— Señor.

REY.— Mira

aquí aparte.

VEINT.— ¿Qué me quieres?

REY.—No sé, don Fernando, si eres  
el que ya miro, y me admira.

¿Acuérdate que te di

una sortija en Granada?

VEINT.—Sí, señor, de mi estimada,  
más que el alma que está en mí.

REY.—¿Bien se te ha echado de ver!

¿Bien la has guardado!

VEINT.—

REY.—Será de prisión señal,  
como en Roma solía ser.

Engastaréla en el alma,  
será vínculo que herede

mi mayorazgo: esta puede  
honrar al conde de Palma.

Garcilaso de la Vega  
la merecerá mejor.

VEINT.—Culpas, invicto señor,  
sin saber que el amor ciega.

REY.—¿Bueno es que a ti te la dé  
y que en don Jorge la vea!

VEINT.—¿Don Jorge?

REY.—

¿Harto bien se emplea!

¿Bien guardas prendas de fe!

Pues no guardaste el anillo,  
daldé en tenencia un castillo.

VEINT.—Tu enojo mi culpa esfuerza.  
Cuando, señor, me partí  
de Córdoba, hasta volver,  
la di en prenda a mi mujer,  
de que ya el alma le di.  
Quererla tanto me abona.

REY.—Eso sí: ya estoy pagado;  
que pensé la habías dado,  
don Fernando, a otro persona.

Tu mujer eres tú mismo:  
uno solo sois los dos,  
que así lo ha ordenado Dios.

VEINT.—¿Oh rabia! ¡Oh celoso abismo!

¿Ay de mí, triste! ¿Qué haré?

REY.—Fernando, ¿de qué estás triste?

Si a tu mujer se la diste,  
que tu mujer te la dé.

Venid, don Jorge, conmigo;  
luego os quiero despachar.

JORGE.—Los pies os quiero besar  
por tal merced.

VEINT.— Ah enemigo!  
(Vanse todos, y queda solo el  
Veinticuatro.)

¿Qué es esto que en este punto  
ha pasado por mis ojos?

De mis mortales enojos  
debe de ser el trasunto.

Mas ya de mi honor difunto  
la triste sombra se ve.

¿Cómo la dio? ¿Cómo fue?

Mas, ¡oh buen Rey!, bien dijiste:  
"Si a tu mujer se la diste,  
que tu mujer te la dé."

¿Dice la honra o la piedra?

Mas el que la tiene honrado,  
bien verá a qué está obligado,

como está el olmo a la yedra  
a ver si se seca o medra.

Por faltar a un moro fe,  
o el juicio perderé,

o sabré por qué dijiste:  
"Si a tu mujer se la diste,  
que tu mujer te la dé."

¿Ay de mí! ¿Qué estoy pensando?

¿Cómo aqueste la trujera,

## JORNADA TERCERA

Salen DOÑA BEATRIZ y DOÑA ANA, y ANTONIA,  
doncella de labor.

BEAT.—Dame esa almohadilla, Antonia.

ANA.—Dame a mí también la mía;  
que traigo en la fantasía

una oscura Babilonia;  
y el ocio suele causar

melancolia y tormento.

BEAT.—Es dar al entendimiento  
para tristeza lugar.

ANTON.—Aquí tienes tu almohadilla.

ANA.—¿Y la mía?

ANTON.— Tú también  
siéntate.

ANA.— Siéntome, y bien.

BEAT.—¿Ay, mi Toledo!

ANA.— ; Ay, Sevilla!

BEAT.—Hago estos anchos, doña Ana,  
con el alma y el deseo,  
para mí con Jorge..., creo  
que vendrá de hoy a mañana...,  
y no doy puntada en ellos,  
que el alma no me traspase,  
rogando al tiempo que pase,

cuando ella no se la diera?  
Luego ya fue cierto el cuándo.

Diósela, ¿qué estoy dudando?

¿Quién no diré que así fue  
porque no me guarda fe?

Rey, mucho en esto dijiste:  
"Si a tu mujer se la diste,  
que tu mujer te la dé."

¡Ea, que me vuelvo loco!

La honra ayudan las leyes:  
las palabras de los reyes

siempre dicen mucho en poco.  
¡A qué furia me provoqué!

Pero por la posta iré;  
que más por la posta fue  
honra que en mujer consiste:

"Si a tu mujer se la diste,  
que tu mujer te la dé."

¡Ah, cartel; que eres, ya sé,  
la más importante pieza

para cubrir la cabeza,  
donde mi infamia se ve!

(Ha de haber arrojado el som-  
brero, y álzale al decir esta últi-  
ma copia.)

para enlazar otros cuellos;  
que estos más presto tendrán  
el fin que a los otros pido.

ANA.—Yo menos curiosa he sido,  
mas labro un lienzo galán,  
de extremada cadeneta,  
para aquel mi ausente ingrato.

BEAT.—¿Hola, Antonia!, canta un rato;  
que estoy del alma inquieta,  
y sosegárase el mar  
de mi alterada alegría.

ANTON.—¿Qué diré, señora mía?

BEAT.—Mi ausencia puedes cantar;  
pero, pues es para el llanto  
mejor aqueste sujeto,  
dila de amor; que, en efeto,  
me entretendré tanto cuanto.

(Canta la doncella lo siguiente.)

Los Comendadores,  
por mi mal los vi.

¡Tristes de vosotros,  
cuitada de mí!

Jorge y don Fernando,  
de las cruces rojas,  
de nuestras congojas

REY.— Levántate, Fernando,  
y di a qué vienes.

VEINT.— Oye atentamente,  
que lo que público es, que te lo cuente.  
Bien te acuerdas, Rey Fernando,  
que me diste en unas fiestas  
un diamante en un anillo,  
de mis servicios empresa;  
y que viniéndote a ver,  
le viste en las manos bellas  
del comendador don Jorge,  
aquel de la cruz bermeja.  
Reprehendíste me, Rey,  
y disculpando tus quejas,  
te dije que se la di  
a mi mujer en mi ausencia.  
Tú me respondiste entonces:  
"Pues si se le diste a ella,  
ella es razón, Veinticuatro,  
que la sortija te vuelva."  
Las palabras de los reyes  
son balas de pieza gruesa,  
que matan con solo el aire,  
puesto que el cuerpo no ofendan.  
Entró la palabra al alma,  
y porque la causa de ella  
fuese más cierta, en mi casa  
hice luego diligencia.  
Díjome un esclavo mío  
que los dos hermanos eran  
de mi mujer y sobrina  
galanes en mi presencia.  
Convidélos a comer,  
y en los ojos de él y de ella  
leí la historia del alma,  
escrita su luz sin letras.  
Píngi una caza de burlas,  
y fue la caza de veras,  
porque aquella misma noche  
a Córdoba di la vuelta.  
Entré por unas paredes  
no muy altas, de la huerta,  
que fue desde mi deshonra  
toda la casa bajeza.  
Hallé los Comendadores  
que comían a mi mesa,  
acostados en mi cama,  
holgando en sus brazos de ellas.  
Tenían luz encendida,  
sobre un bufete dos velas;  
mas, como eran cuerpos muertos,  
¿qué mucho que las tuvieran?  
Tomó don Jorge su espada,  
pero Dios, que a tiempos ciega,  
o el miedo que el Sacramento  
pone a quien sus leyes quiebra,

hizo que de una estocada  
cayese su infamia en tierra,  
y que volviese mi honra  
a estar sobre las estrellas.  
Desmayóse mi mujer:  
dejéla para más pena,  
y discurrendo la casa,  
maté cuantos hubo en ella:  
a don Fernando, a doña Ana,  
dos dueñas, cuatro doncellas,  
pajes, escuderos, mozas,  
lacayos, negros y negras;  
los perros, gatos y monas,  
hasta un papagayo, que era  
también traidor, pues hablaba  
y no me dijo mi afrenta.  
Volvió del sueño Beatriz,  
pidióme con voces tiernas  
que la diese confesión:  
quisela bien y otorguéla.  
Trújola mi esclavo un fraile,  
y ya de su culpa absuelta,  
la misma espada que ciño,  
y que desnudo, que es esta,  
pasó su pecho seis veces;  
y ahora a tus manos llega  
desnuda como la ves,  
a que cortes mi cabeza.

REY.— Hecho famoso y notable,  
tan digno de eterna fama,  
que de un Rey, noble, te llama,  
y de un reino memorable.  
Sois, don Fernando, tan dino  
de premio por tal venganza,  
que hasta un Rey parte le alcanza  
del honor que a vos os vino.  
Hónrase Córdoba más  
que por Séneca y Lucano,  
de tener tal ciudadano.

VEINT.— Cuanto he perdido me das:  
has confirmado mi honor  
con tu generosa boca.

REY.— Eso a mi solo me toca:  
deci a mi alcalde mayor  
que no hable en esta justicia,  
que yo lo tomo a mi cargo,  
que no quiero más descargo  
ni más probada malicia.  
Antes, pues, doña Constanza,  
hija de don Juan de Haro,  
por mi tutela y amparo,  
nombre de mi hija alcanza:  
os la doy para mujer.

VEINT.— Yo soy de sus pies indino.

DIEGO.— Dame esos brazos, sobrino.

VEINT.— Vuestro esclavo quiero ser.

DIEGO.— Al que es honrado honra Dios.  
VEINT.— Y castiga al que difama.  
REY.— Ya los nueve de la fama  
son veinticuatro con vos.  
VEINT.— Córdoba os queda obligada.  
REY.— Y yo, por tal hijo, al cielo,

dando a vuestro español suelo  
una historia tan honrada.  
VEINT.— Cuanto he perdido he ganado.  
GARCIL.— Vuestro valor lo remedia;  
y aquí acaba la comedia  
del honor desagraviado.

FIN DE  
"LOS COMENDADORES DE CORDOBA"

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP

¡Pues qué presto el fin verás  
a que tus pasos caminan!  
¡Ah, traidor, que hablarme puedes  
sin que la vida te quite!  
¡Ay, quién te hiciera el convite  
que a sus caballos Diomedes!  
¡Miren con la desvergüenza  
que se hablan, que se miran,  
que hasta los cielos se admiran  
que su temor no les venza!  
Aunque ahora mi deshonra  
viéndolos en la comida,  
dando veneno a mi vida  
y difamando a mi honra.  
¿Qué aguardo, pues, que en efecto...?  
Señores primos, por hoy,  
que os dejo pensando estoy.  
JORGE.—Pues que lo erréis os prometo.  
FERN.—¿Cómo! ¿Quedáis todavía  
en que os habéis de ir a caza?  
JORGE.—Vámonos, primo, a la plaza,  
que declina mucho el día;  
que mañana, de mañana,  
podéis ir, e iré con vos.  
VEINT.—Esta tarde he de ir, ¡por Dios!  
Llama a Rodrigo;  
pero déjale que viene.  
Pues, Rodrigo, ¿podré ir  
al campo?  
RODR.—Podrás salir  
si el rocín paciencia tiene,  
que está de ayer bien cansado.  
VEINT.—Ensillamele, camina,  
¿no me habéis?  
BEAT.—Estoy mohina  
de ver en lo que habéis dado.  
¿Hoy al campo? ¿No es mejor  
con vuestros primos holgaros?  
VEINT.—Quiero entre esos aires claros  
espareir el triste humor;  
que aquel negocio del Rey,  
que os he contado, me da  
disgusto.  
BEAT.—¿No sabéis ya  
que es sin consejo ni ley?  
FERN.—Siempre en la comida ha estado  
encareciendo el buen día;  
vaya, y lleve compañía  
de un primo y buen convidado,  
y quédese Jorge aquí.  
JORGE.—Yo tengo de ir primero.  
VEINT.—Por la fe de caballero,  
que no se ha de hacer así,  
que el Obispo os eche menos;  
ya que a comer te faltáis,  
a la cena es bien que vais.  
¡Hola! ¿Has echado los frenos?

JORGE.—¿Quién va con vos?  
VEINT.—Rodrigo,  
cuatro perros y un falcón,  
y algún repuesto al arzón,  
para subir el cuchillo  
de esa pedregosa sierra.  
FERN.—Pues ¿dónde vais?  
VEINT.—No me alargo;  
que no es el camino largo  
de lo que llaman Trasierra.  
Pero con todo, estaré  
tres días por esos cerros.  
¡Ea, que ladran los perros!  
¿Quieres que me vaya a pie?  
JORGE.—¡Por vida de vuestra esposa,  
que los perros me han metido  
sus voces por el oído!  
Está el alma codiciosa.  
Con vos he de ir.  
VEINT.—Eso no.  
BEAT.—Acabad, llevadle allá.  
VEINT.—Con el Obispo estará  
mejor.  
JORGE.—¿Qué importa? Iré yo.  
VEINT.—¡Por mi vida, que me enoje!  
Ni aun me habéis de acompañar.  
FERN.—Eso podéis perdonar:  
ir o acompañar, escoge.  
VEINT.—Ahora bien, salid conmigo.  
Sale GALINDO.  
GALIN.—Don Luis me dio este papel.  
JORGE.—Muestra, a ver qué dice en él.  
(Lee el papel.)  
"Oficio hiciste de amigo;  
y con dejarme en el caso,  
no me habéis venido a ver."  
¿Está herido?  
FERN.—Así ha de ser,  
que no se quejará acaso.  
GALIN.—Un brazo pasado tiene.  
Otra nueva te traía.  
FERN.—¿Preguntó Su Señoría  
por los dos?  
GALIN.—Más bajo viene.  
JORGE.—¿Cómo?  
GALIN.—En la caballeriza  
este recado me han dado.  
FERN.—¿Y qué es, señor, el recado  
que en tal parte se autoriza?  
GALIN.—El alazán y el overo  
han reñido, y de una coz  
mató el alazán veloz.  
al overo.  
JORGE.—Mal agüero.  
RODR.—Ya, señor, está ensillado.

VEINT.—Pues alto, y vamos de aquí.  
JORGE.—Adiós, prima; ¿vendré?  
BEAT.—Sí.  
FERN.—¡Lindamente se ha trazado!

Vanse y quedan DOÑA BEATRIZ y DOÑA ANA.

BEAT.—Si con mi propio marido  
esto concertado hubiera,  
no creo que sucediera  
como veis que ha sucedido.  
¡Ah, noche, que tardes ya!  
¡Vete, perezoso día!  
¿Posible es, sobrina mía,  
que sola esta casa está?  
¿Que ya es ido el Veinticuatro?  
¿Que ha de ser este aposento,  
de mi esperado contento  
entapizado teatro?  
Esperanza, Esperancica...

ESPER.—Señora...  
BEAT.—¡Gran loca estoy,  
a mil partes vengo y voy!  
Presto ropa y lumbre aplica;  
abre aquesos cofres, anda.  
ESPER.—¿Ahora andamos en esto?  
BEAT.—¡Ay, don Jorge! Enjuga presto  
cuatro sabanas de Holanda.  
Saca pastillas, pues sabes,  
del escritorio pequeño,  
haz fiestas al nuevo dueño.  
¿Qué aguardas? Toma las llaves,  
Perfuma esta cocha toda,  
echa aquella colcha indiana.  
Hoy es, amiga doña Ana,  
nuestro desposorio y boda.  
Ya parece que anochece.  
¿Está eso limpio? ¿Está bien?  
ANA.—Nunca amanecido tan bien  
como ahora que anochece.

(Gritan dentro.)  
En la calle hay cuchilladas:  
escucha.

BEAT.—¿Será don Jorge?  
ANA.—No es tiempo que espadas forje;  
no sale el triunfo de espadas.  
Deja, no te asomes, riñan;  
que aun para venir es presto.  
ESPER.—Ven a ver cómo está puesto:  
verás qué manos lo alían.  
BEAT.—Eso creo yo muy bien:  
mis brazos te quiero dar.  
ESPER.—¿Huele bien?  
BEAT.—Haz perfumar  
una camisa también,  
y apercibe colación.

Salen DON JORGE, DON FERNANDO,  
y GALINDO.

JORGE.—Allá queda, y con mal vaya.  
BEAT.—¡Ay Jesús!  
FERN.—Paso: no haya  
ruido ni alteración.  
ANA.—¿Dónde queda?  
JORGE.—Caminando  
a sobrepaso el rocín,  
y con su Rodrigo, en fin,  
peito, y los perros guiando.  
FERN.—Gocemos de la ocasión  
mientras anda en sus destierros.  
BEAT.—Rabia le mate los perros,  
y aguilica el su falcón.  
JORGE.—Dame, mi vida, esa mano.  
FERN.—Y vos la vuestra.  
ANA.—¡Ay! ¿Qué ha sido  
aquel golpe?  
ESPER.—Que ha caído:  
mas caiga, que el suelo es llano.  
(Vase.)

BEAT.—Vamos adentro.  
ESPER.—Galindo,  
¿haste de ir?  
GALIN.—¿Qué lindo es eso  
para quien no come queso!  
ESPER.—Pues no le parezca lindo.  
GALIN.—¡La boba!  
ESPER.—Ahora bien, vamos;  
que aquí está cierto aposento  
de tan mal techo y cimienta,  
que en él esteras guardamos;  
pero estará más secreto  
de los criados de casa.  
GALIN.—Entre amantes todo pasa,  
que esteras son en efeto.  
Sobre ellas pienso mejor,  
que ellos en bordada cama,  
gozar mi fregona dama.  
ESPER.—Vamos, mi bien.  
GALIN.—Toca, amor.  
(Vanse.)

Salen el VEINTICUATRO y RODRIGO, bajando  
por arriba del teatro.

RODR.—No caigas, pon bien el pie.  
VEINT.—Baja con tiento, Rodrigo.  
¡Ayuda el ciedo me dé!  
¡Qué bien los llevé conmigo,  
y qué bien que los dejé!  
RODR.—Acostados estarán;  
que los de casa lo están,  
según lo dice el silencio.  
VEINT.—Hoy, ¿en qué me diferencio  
de otro furioso Roldán?



REY.—Este Trillo es hombre de mucho cuento: un su abuelo, con un trillo dicen dio la muerte a ciento.  
PAJE.—Martín Fernández, también, de Bohorques, está aquí.  
REY.—¡Qué gran soldado!  
GARCÍA.—Harto bien pelear, señor, le vi con la espada de Jaén. Valientes hombres han sido todos los de este linaje.  
REY.—Muy bien los he conocido. Entre el Veinticuatro, paje.  
Sale el VEINTICUATRO.

VEINT.—Los pies, gran señor, te pido.  
REY.—¿Qué es esto, Fernando?  
VEINT.—Ya, que Granada y sus extremos por tuya, señor, está, el sosiego en que te vemos licencia a todos nos da, y a venírtela a pedir para volver a mi casa, si aquí no te he de servir.  
REY.—A la guerra que aquí pasa, la paz se debe seguir.  
Vete, Fernando, y descansa con tu mujer, que ya es justo.  
VEINT.—Nunca el servirte me cansa, pero da el ocio disgusto si Marte la furia amansa. Y en los que somos casados corre más la obligación de la patria, y los cuidados de acudir a los que son forzosos, y no excusados. Córdoba te dio sus hijos, que en conquistar esta tierra has visto firmes y fijos, más para andar en la guerra, que para los regocijos. Ya la guerra se acabó; las fiestas tendrías yo con mi familia, si mandas.  
REY.—Para tan justas demandas no puedo decir que no. Siento apartarte de mí, que sabes que te estimé.  
VEINT.—Siempre, señor, os serví, siempre esa luz mi sol fue, y como sombra os seguí. No he podido daros más, siendo mi caudal tan poco.  
REY.—En fin, Fernando, ¿te vas?

VEINT.—Señor, mi intento revoco: ni me voy, ni iré jamás. Hagamos, señor, aquí tres tabernáculos juntos.  
REY.—Ahora bien, justo es así; muévase amor en dos puntos, aunque haya distancia en ti. Vete a ver tu casa, y lleva este anillo de mi mano.  
VEINT.—Haces de Alejandro prueba; que honrar a un tosco aldeano no es en reyes cosa nueva. Guardaré aqueste diamante, que en tu servicio lo soy tanto más firme y constante, que puedo labrarle hoy mejor que su semejante. Si el anillo antiguamente era de prisión señal, esa tendré eternamente; que de águila tan real ser presa, es honra excelente. El amor y obligación de dármele, engastar puedo en el alma, que es razón, y el oro y piedra, en el dedo que llaman del corazón. Y será este anillo así, por el venturoso hallazgo de la libertad que di, vínculo en mi mayorazgo, y piedras de amor en mí. Y deste círculo puedo decir, que al cielo segundo más obligado le quedo, pues puede abrazar un mundo, y se ha cifrado en mi dedo. Mas como el móvil primero trae a los cielos tras sí, así de este anillo espero que traerá mi amor tras ti, del primer punto al postrero. Mejor le pudo emplear en Hernando del Pulgar, vuestra Alteza, que en mí, indigno, porque este anillo era digno de tan famoso pulgar. Garcilaso de la Vega esa piedra ha merecido en la mina de su vega, pues de su mina ha salido piedra que la vista ciega. También al conde de Palma este anillo soberano diera mejor sangre y alma, para palma de tal mano, y por mano de tal palma.

Don García de Toledo, que es tan heroico español, tuviera mejor que puedo, esté círculo de Sol en el Alba de su dedo. Pero, en fin, ha amanecido: no quiero decir en mí; que en toda Córdoba ha sido.  
REY.—Que lo merecistes vi, que estoy de vos bien servido. Id, Fernando, a vuestra casa.  
VEINT.—Beso a Vuestra Majestad los pies por merced que pasa mas distancia a mi humildad, que hay una gloria sin tasa.  
REY.—A Córdoba escrito tengo: hablar a mi secretario.  
VEINT.—Ya el recibiros prevengo.  
REY.—Poco será necesario si no es que aquí me detengo. En Toledo me veréis; que me da prisa Toledo.  
VEINT.—Guárdate el cielo.  
REY.—El que veis es hombre de quien fiar puedo cuanto conquistado habéis.  
GARCÍA.—Conocido es su valor.  
REY.—Salgamos al corredor; despacharé los soldados, para partir aprestados.  
CONDE.—¡Gran inercid!  
GARCÍA.—¡Bravo valor!  
(Vanse.)  
Salen DOÑA BEATRIZ Y DOÑA ANA.

ANA.—Gallardo acompañamiento.  
BEAT.—En esta ausencia celosa del Veinticuatro, no hay cosa que pueda darme contento.  
ANA.—Buena ha sido la carrera; bien la ha pasado don Juan.  
BEAT.—Es por extremo galán, si él mismo no lo supiera.  
ANA.—¡Qué lindo sacar de mano al parar sobre los pies!  
BEAT.—Harto lindo todo es, si no fuera lindo y vano. Don Pedro, que es más robusto, no me ha parecido mal.  
ANA.—No tiene tu gusto igual, mas no hay disputas en gusto. En fin, ¿robusto ha de ser?  
BEAT.—Y lo contrario te asombre: que no es bien que tenga el hombre semejanza de mujer.  
ANA.—¿Que así don Luis te agradó?

BEAT.—Flojo es, aunque es bien hecho.  
ANA.—Pon a esas rejas el pecho; que un forastero pasó. Esperanza viene aquí.

Sale ESPERANZA, esclava.

BEAT.—Más quisiera mi esperanza, aunque mi deseo alcanza... ¿Búscame?

ESPER.—Señora, sí.

BEAT.—¿Qué quieres?

ESPER.—Dos caballeros entran en el patio agora.

BEAT.—Sí, ¿es tu señor?

ESPER.—No, señora; que parecen forasteros.

BEAT.—¿Y traen pajes?

ESPER.—Tres o cuatro.  
BEAT.—Mis primos son, así me goce.

Sale GALINDO.

GALIN.—¿Vive aquí el dos veces doce?

ESPER.—¿Quién dices?

GALIN.—El Veinticuatro.

BEAT.—¿Eres de mis primos?

GALIN.—Soy: si das licencia, entrarán.

Salen DON JORGE Y DON FERNANDO.

JORGE.—A tus pies, señora, stán...

BEAT.—Bueno; mis brazos os doy, primos míos.

JORGE.—Mi señora...

BEAT.—Muy bien venido seáis. ¿Cómo venís? ¿Cómo estáis?

JORGE.—En mi vida como agora.

Vos, mi señora, ¿estáis buena?

A vuestro servicio estoy.

FERN.—Agora, pues menor soy, os hablo.

BEAT.—Hablad norabuena.

FERN.—Pues don Jorge ha preguntado, prima, vuestra salud ya,

don Fernando, ¿cómo está?

BEAT.—Para partirse aprestado.

Saca unas sillas aquí.

FERN.—¿Tenéis carta?

BEAT.—Habrá tres días.

JORGE.—¡Oh tristes desdichas mías!

¿Dónde me lleváis así?

ESPER.—Las sillas están ya puestas.

BEAT.—Sentaos: llegó esta almohada.

JORGE.—Alma confusa y turbada,

¿qué novedades son estas?

en las aras que antiguamente hicieron los Macabeos, que en el templo santo de Jerusalén colgar pudiesen; pero en mujer, ¿por qué? Porque fue [justa. Mas ¿qué dilato tanto mi desdicha? Ea, Rodrigo, ¿cómo pasa todo? RODR.—Para que me disculpes, saca luego algunas cartas de esas que te he escrito. VEINT.—Esta, Rodrigo, es una. [crito. RODR.— A leer comienza. (Carta.)

“Señor, mucho conviene a tu honor que no hagas tan larga ausencia de tu casa y de Córdoba, porque lo uno honras como honrado dueño, y lo otro alegras como buen criado.”

No leas más, eso basta.

VEINT.— ¡Ay de mí, triste, que no entendí jamás estos renglones! Bien sé que eres fiel; disculpa tienes; yo soy culpado solo: di, Rodrigo, ¿quiere doña Beatriz a su primo?

RODR.— Quiérela.

VEINT.—¿Goza a doña Beatriz su primo?

RODR.— Gozala.

VEINT.—¿Y don Fernando?

RODR.— A tu sobrina.

VEINT.— Basta.

RODR.—No basta, que aún hay más.

VEINT.— ¿Cómo?

RODR.— Esperanza es de Galindo, un mozo de don Jorge; tanto, que si las yeguas estuvieran en casa y no en el campo, presumiera que también las cubrieran los caballos.

VEINT.— ¡Bueno, bueno, por Dios! ¡Pese [a la infame, injusta, mal nacida y sin vergüenza! ¡Es mujer que bastaba!

RODR.— No des voces.

VEINT.— ¡Reventaré como preñada vibora! [ra! ¿No veis que tengo el pecho lleno de [aspides? ¿Cuál fue el villano que la honra santa, que es de los hombres el mayor tesoro, que debiera engastarse entre diamantes, la puso en vasos de sutiles vidrios, [tes, que con cualquiera golpe que dan, quiebran? La honra se derrama como el agua. ¿Que dije bien del casamiento?

RODR.— Pienso que el casamiento siempre fue loable.

VEINT.—Bien dices, que a no haber mu- [jeres malas, ¿qué estimación se diera a tantas buenas? [nas? Por el plomo se sabe cuál es oro, por la experiencia vemos qué es la [ciencia, por lo que es imperfecto, lo perfecto, y así, la mujer buena por la mala. Dios lo inventó, la Iglesia lo recibe por Sacramento; adórole y estimole; pecados míos son; Dios me castigue.

Salen MEDRANO, DON JORGE y DON FERNANDO, y al entrar cae DON JORGE.

MEDRA.—Aquí vienen don Jorge y don JORGE.— ¡Jesús mil veces! [Fernando. VEINT.— Esperad: ¿qué es esto? ¿Caistes?

JORGE.— ¿No lo veis?

VEINT.— ¡Hola! Traed agua. ¿Si os habéis hecho mal?

JORGE.— ¿Cómo es posible, si vos, primo y señor, me dais la mano?

MEDRA.—Aquí está el agua. [no? JORGE.— Que no, que no.

VEINT.— Bebedla, que como este es delito que se prueba, también es menester cordeles y agua.

FERN.—¿Qué agujeros de desdicha son?

VEINT.— Bebed más. [aquestos? JORGE.— Bueno está.

FERN.— Dame ese barro. Del susto que me has dado, bebo.

JORGE.— Bebe, que es fresco el barro, y a beber pro- [voca. FERN.— Cayóseme, ¡por Dios! Tú le has [aojado. VEINT.— No importa; acá los hay de En- [tremoz buenos. ¡Hola! ¿Está la comida aderezada?

MEDRA.—Sí, mi señor.

VEINT.— Pues vamos, primos míos.

JORGE.— ¡Qué comida tan dulce!

VEINT.— Y la postrera.

RODR.— Ya lo entiendo, señor.

VEINT.— Aquí te espera. (Vase.)

RODR.— La honra del casado es fortaleza donde está por alcaide el enemigo, con voz y rostro de fingido amigo, porque es de la mujer igual flaqueza. Suelen decir que por naturaleza son fáciles al mal, pero yo digo que de nuestra soberbia fue castigo,

porque está la soberbia en la cabeza. ¡Oh dura ley del mundo, que la honra no está en la mano, sino en una propia del hombre mismo y de sus costum- [bres! ¡Cuán fuerte caso es que la deshonra esté en un arca, que es la mujer propia, de donde mil ladrones traen visium- [bres! Sale GALINDO.

GALIN.—¿Puedo, con licencia vuestra, hablar al Comendador?

RODR.— ¡Con qué cara ese traidor, fingida risa me muestra! Están comiendo, y no creo será bien que los habléis, si dilatarlo podéis.

GALIN.—Digo que hablalle deseo; que le traigo aquí un papel de mucha importancia y pena.

RODR.—Dar nueva en comida y cena, es disparate cruel, que suele a todos quitar de todo punto el comer: si es buena, con el placer; si es mala, con el pesar. Iré a decille que estás aquí: ¿cuál es de los dos?

GALIN.—Don Jorge.

RODR.— Galindo, adiós. (Vase.)

GALIN.—Dile que aguardo no más. Después que miro a Esperanza, anda el perro con vejigas, por celos de ciertas ligas, colores de su mudanza, con esto el sentido pierde de una celosa afición; que, en efecto, azules son, aunque la esperanza es verde.

Sale ESPERANZA.

ESPER.—De la cocina he salido, puesto que estaba ocupada.

GALIN.—Buena estáis y colorada: ¿qué galán el fuego ha sido! ¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha hecho, que te ha puesto vergonzosa? No he visto nácar de rosa, como tu cara y tu pecho.

ESPER.—Tal he tenido que hacer por regalar a tus amos.

GALIN.— ¡Ay de los pobres que estamos

hasta las dos sin comer! ¿Cómo de mí te acordaste?

ESPER.—Luego ¿olvidéme de ti?

GALIN.—¿Tienes algo por ahí que aquí desvanezca y gaste? Que no he cortado, ¡por Dios!, la cólera, en confianza de tu cuidado, Esperanza, y creo que son las dos.

ESPER.—No ha de faltar una presa.

GALIN.—Si hay vino, basta un alón, porque los alones son con lo que vuela una mesa. Por eso dice el Gascón: alón que pinta la uva, porque no hay en una cuba para pasar un alón. Beberé por tu salud y la de doña Beatriz.

ESPER.—Dos tetillas de perdiz serán de mayor virtud.

GALIN.—¿Tetillas? ¡Pesia mi mal!

ESPER.—Ten las manos, no me toquen.

GALIN.—¿A quién hay que no provoquen esas de pavo real?

ESPER.—Para la segunda vez tengo un grigüesco valón, que es lo bajo de un capón.

GALIN.—Para mí basta una nuez, aunque sea de ballesta; que con un puño de sol suelo beber un farol de San Martín sobre apuesta.

ESPER.—Este farol, ¿es latín?

GALIN.—Es un jarro de un azumbre, que da a la taberna lumbre del bendito San Martín.

ESPER.—Entra, que han comido ya, y comerás un bocado. (Vanse.)

Salen el VEINTICUATRO, COMENDADORES y DOÑA BEATRIZ.

FERN.—Buena la comida ha estado.

BEAT.—Y mejor la vista está.

JORGE.—Después de tanto regalo, solo ya el de veros siento. Es el encarecimiento que a tanta merced igualo. Solo el Fénix no hallo aquí, pero ya le he visto en vos.

VEINT.— ¡Que cuando se ciegan dos se desverguencen así! ¡Caso extraño que imaginan que son ciegos los demás!